

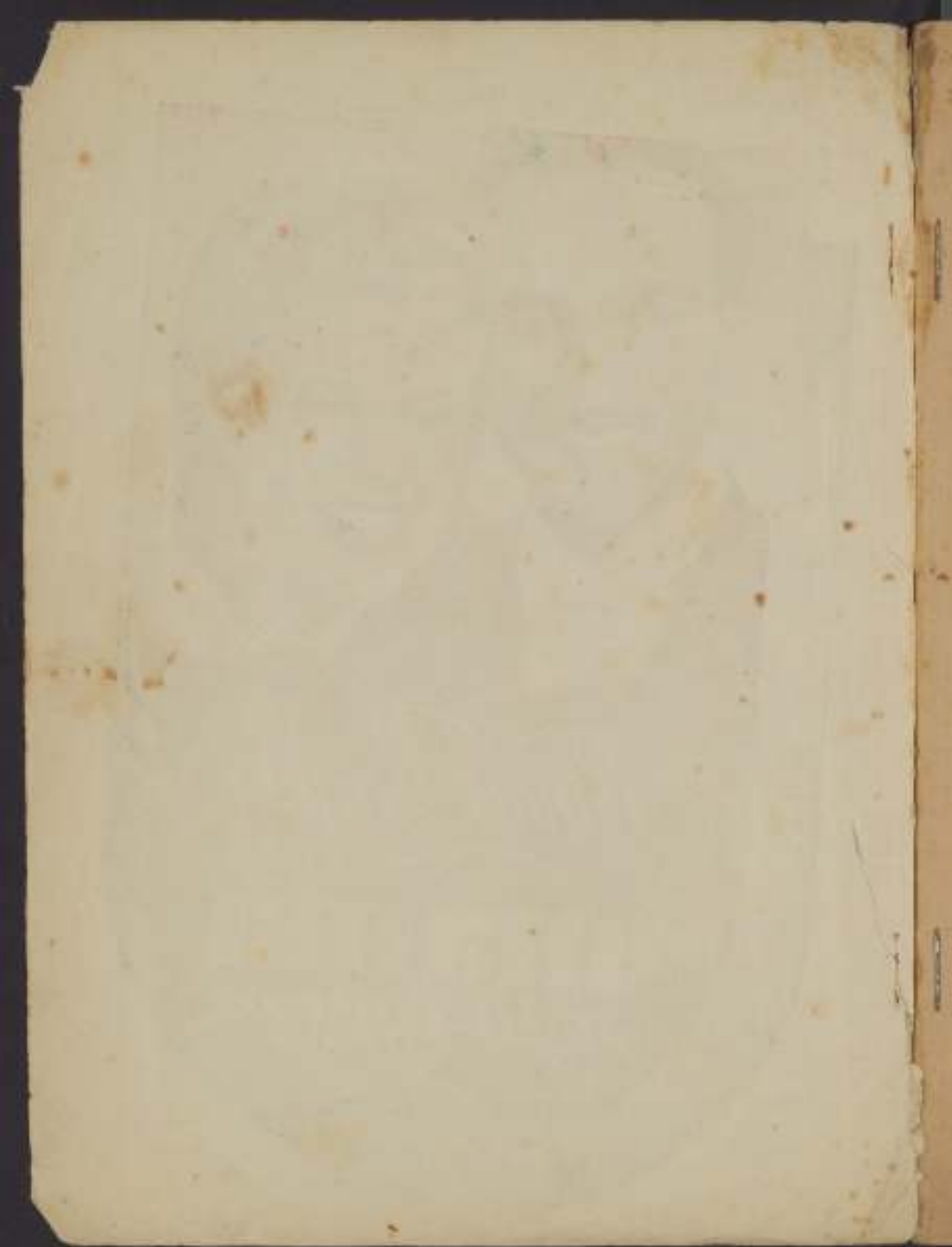
UNA GRAN PELÍCULA
UNA GRAN NOVELA.



Ginger Rogers
mamá
a la fuerza



2'50
PES.



127

MAMÁ A LA FUERZA

•
NARRACIÓN NOVELADA
de la
PRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA



INTERPRETADA
por

GINGER ROGERS y DAVID NIVEN
Charles Coburn, E. E. Clive, Frantz Albertson
y Feritze Moross

DIRECIDA
por

GARSON KANIN

UNA GRAN NOVELA
UNA GRAN PÉCULA
UNA GRAN ESTRELLA
UNA GRAN HUGHATIA

Las apariencias engañan

Es posible que la grave y casi untuosa voz del señor Merlin al felicitar a sus empleados por ser la vigilia de Navidad, a través del micrófono, estuviera destinada a llevar la alegría a sus corazones y la completa seguridad de que el aguinaldo sería espléndido; pero, sin embargo, pareció repetirse el cuento de que la felicidad de unos se hace a costa de la dicha de otros... Y Polly Parrish se encontró despedida, por decirlo en su jerga, de patitas en la calle.

Y ello fué causa de una serie de complicaciones, porque... Será mejor que empecemos por el principio.

Polly era una muchacha rubia, esbelta y bella, cuyos movimientos elegantes eran la envidia de las mujeres y la admiración de los hombres, exceptuando, claro está, de este número al invisible señor Merlin. Cuando se disolvió el grupo de dependientes para ocupar sus puestos habituales, ocupó el mostrador y "alguien" puso ante ella un papel. Mary, su compañera, en la agotadora tarea de vender pato Donald, advirtió que palidecía y que si no se tambaleaba se debía a que una muchacha moderna no se atreve a hacerlo.

En fin, se encogió de hombros, como aceptando su suerte y lanzó el papel contra la mesa. Mary había estado leyendo otro y una sonrisa iluminaba su semblante. Polly contrajo sus deseos de carraspear para atraer su atención sobre su agraciada persona; luego, se dedicó a desempaquetar juguetes.

—Una felicitación de Navidad —murmuró impaciente, al comprender su indiferencia y alargándole el papel—. ¿Has recibido alguna?

Mary exhaló unos gruñidos, que querían describir su condolencia.

—No seas celosa—aconsejó Polly ante su mirada de lástima.

—No será cosa muy fácil conseguir un empleo después de las Navidades.

—Tampoco era fácil antes de Navidad. ¡Quién sabe si me concederán una pensión! He estado trabajando aquí durante tres semanas.

Mary estuvo unos segundos sin saber qué decir. El estoicismo de su compañera se le antojaba alarmante.

—Oye, querida, tal vez deberías volver a casa.

—Ya no hay nadie allí.

—¿No tienes a nadie en Nueva York?

—No, a nadie, Mary, ¿es difícil para una muchacha ingresar en la Armada?—preguntó irónicamente, pero la sensata contestación fué interrumpida por unos graznidos. Era Fred. Las dos muchachas cambiaron una mirada de impaciencia. Era Fred, con esto estaba dicho todo. Fred era el conquistador de los grandes almacenes de Merlin e hijo, se creía irresistible, tenía una afición desmedida por la soltería y un sueldo relativamente módico.

—¡Buenos días, muchachas!—habló a Mary—. ¿Qué piensas darme para las Navidades?

—No te lo beberías—aseguró la interrogada, poniéndose a trabajar.

—Está loca por mí—replicó Fred, sin inmutarse—. Oye, Polly, te vi bailando en la fiesta de los empleados. ¡Hija, eres una maravilla! Y, para probártelo, voy a llevarte al baile esta noche.

—¡No! No tengo ganas de ir.

—¿Ni por cincuenta dólares?—tentó Fred, apoyándose en el mostrador.

—¿Quieres decir que me darías cincuenta dólares?—indagó extrañada.

Cincuenta dólares forman una suma simpática. Representaban la manutención de un mes, mientras buscaba trabajo. No sabía por qué, pero barruntaba que Fred se burlaba de ella.

—Sí, en cierto modo—acató—. Escucha. Hay un concurso de baile

esta noche en la "Zapatilla Rosa". El director de orquesta es uno de los jueces y un gran amigo mío... así es que ganaremos el segundo premio, cincuenta dólares, y nos los repartiremos entre los dos.

Polly titubeaba, pues era desconfiada por naturaleza y estaba segura que Fred quería sumarla al número de sus "víctimas". Se abrieron las puertas de la sección y un raudal de compradores brotó del ascensor. El día iba a ser de prueba. Pero Fred, desconociendo su problema, volvió a insistir:

—Ahí vienen—exclamó, refiriéndose a la gente—. Bien, ¿qué contestas?

—Pues que trato hecho—afirmó Polly.

—Muy bien. Iré a buscarte a las siete—anunció el joven, alejándose con las manos metidas en el bolsillo y silbando.

Hasta aquí todo había sido "relativamente" normal. La anomalía se inició al salir para comer. Polly cruzó la calle con los ojos fijos en los anuncios, demandando empleados, de su periódico, esquivó milagrosamente las ruedas de un automóvil y arrojó el diario en una papelera. Tiempo había hasta final de año. No era mucho, pero...

A Polly se le cortó el aliento. Una mujer estaba depositando un bebé en uno de los escalones, el último, que terminaban en una puerta y pulsaba el timbre. El bebé agita-

ba sus piernecillas, mientras la mujer se daba a la huida. Polly sentía el hervor de la sangre en la cara, al correr tras la mujer.

—¡Un momento! —dijo alcanzándola—. No se atreverá usted... No se atreverá usted a dejar a su hijito aquí.

Fueron inútiles las excusas que prodigó la mujer a continuación. No podía ser su madre. Era una anciana, pobremente trajada, quizás adrede. Polly la dejó escapar. Sus miradas estaban fijas en el abandonado, que proseguía sus movimientos con peligro de rodar escaleras abajo.

—¡Es un bebé tan encantador! —susurró enternecida, recogiéndolo.

Pero la puerta se había abierto y la pesadilla empezaba, simbolizada por una enfermera, de cara amable, que la invitaba a pasar con la voz y el gesto. Polly la obedeció inconscientemente. Le preocupaban los vigorosos chupetecitos que el bebé propinaba a uno de sus dedos.

—Vamos, querido, ¡no debes comerme el dedo! —le amonestó suavemente, quitándoselo de la boca. El pequeño debía tener hambre.

El médico, sentado tras una reluciente mesa, la estudió. Con un gesto resignado mojó la pluma y sacando un papel, preguntó:

—Su nombre, haga el favor—comunicóselo la joven, lo mismo que la dirección de su empleo.

El médico masculló una maldi-

ción. ¡Parecía mentira que hubiera madres tan desalmadas, capaces de abandonar a su hijo, a pesar de tener por él un interés tan indudable como el de aquella joven! Al levantar los ojos, Polly advirtió la seña que cambiaban el médico y la enfermera. Y se quedó horrorizada.

—¡Un momento! Este niño no es hijo mío. Lo encontré en la entrada —la incredulidad crecía. Sólo le faltaba aquel tropiezo para empeorar su situación—. ¡Se lo aseguro! Una anciana lo dejó en la puerta, y como temí que pudiera caerse, creí que lo que yo debía hacer era...

—Mi querida muchacha, nosotros estamos aquí sólo para ayudarla. Somos sus amigos.

—Bien, pero yo no lo dejaba. Yo lo estaba recogiendo.

La distinción era muy sutil, pero no le engañaba. El médico hizo más dulce su voz. Bien se veía que la joven estaba inquieta.

—Son muchas las madres que dicen que las criaturas no son suyas, pero nosotros sabemos por experiencia que lo mejor es hacer una confesión clara del asunto.

La única y deseada confesión que Polly podía hacer, era inexpresable.

—Oiga usted —gritó Polly, entregando el bebé a la enfermera—. ¡eso es sencillamente ridículo! La digo que no es hijo mío, tanto si lo cree como no.

Pero no hay nadie que comprenda a los chiquillos. Cuando Polly

lo depositó en los brazos de la enfermera e echó a llorar y al cogerlo de nuevo se calmó. La joven se sentía enternecida y enfurecida. Aquella situación no podía durar. Ella no era una especie de encantadora de serpientes para que el chiquillo la obedeciese de tal manera. Lo pasó a la enfermera, hubo más protestas, y lo recuperó, pensando en Herodes y en lo afortunado que resultaba ser rey para librarse de ciertas molestias.

—¡Esta sí que es buena!

El médico ya tenía la convicción absoluta de que no erraba. Notábase que su triunfo adquiría proporciones de gloria guerrera.

—Un momento, señorita Parrish...

Pero se quedó con la palabra en la boca. Polly comprendió que si permanecía un segundo más en aquel lugar, acabaría por confesarse madre del simpático trocito de carne que se agitaba contra su pecho. Se lo entregó definitivamente a la mujer y corrió hacia la puerta, exclamando:

—¡Cuando yo quiera tener una familia, me casaré como Dios manda!

El portazo que dió, dejó a los espectadores de su huida boquiabiertos y sobrecogidos. El primero en hablar, fué cierto personaje de baja estatura, sentado ante una mesa opuesta a la entrada y que hasta

entonces no había tenido intervención.

—¡Es... patético! —se puso en pie y avanzó hacia el médico—. Bien, de todos modos sabemos que trabaja en la casa Merlin, y se trata de una familia muy caritativa. Iré allí después de comer.

—Muy bien—aprobó el médico.

Varias cosas estaban destinadas a matavillar a David Merlin aquel día. La primera de ellas era la delicadeza conmovedora con que sus empleados se obstinaban en darle los buenos días, cuando, en verdad, estaba absolutamente seguro de que hacía bastante rato que habían dado las cuatro. Y su delgado, distinguido e irónico rostro estaba terriblemente grave, al saludar desde la puerta, tras de consultar su reloj de pulsera:

—Buenas tardes.

Entró en su despacho y la conciencia le empezó a echar en cara su burla. Aun llevaba el frac y el resto de las prendas que constituyen un elegante traje de noche. ¿Había sido delicadeza o aviso la de sus empleados? En el despacho contiguo estaba su padre, trabajando desde la mañana. Decidió que había sido un aviso el dado y al abrir la puerta del despacho de su padre, exclamó:

—Buenos días, papá.

—Buenas tardes—le desanimó éste, sin levantar la cabeza de unos papeles que estaba mirando. David

se dejó caer derregado en un asiento. A pesar de estar muy cansado, sentía grandes deseos de conversar. Se quitó un zapato y lo contempló con atención, antes de abrir el fuego, como llamaba al adelantarse diplomáticamente a las conminaciones paternas.

—Estás tan interesado en la política que creo deberías hacer una investigación de la policía de Scarsdale.

—¿Po qué?

—Pues todo policía del tráfico que puede permitirse el lujo de rechazar una propina de cien dólares, es poque debe estar demasiado bien retribuido. ¿No lo crees así?—preguntó, siguiéndole con los ojos, mientras daba la vuelta hasta ponerse a su lado el señor Merlin.

—¿Has dormido en la cárcel?

—No —se quejó jocosamente—. No he dormido ni un minuto. He tenido que esperar a que el Juzgado abriera las puertas.

Le esperaba un sermón, puesto que su padre le ponía la mano sobre el hombro. ¡Qué juventud! El contacto emocionó a los dos hombres. ¡Qué juventud la de hoy día...! Pero el señor Merlin tenía razón...

—David, no es posible que sigas por el camino que andas. ¡Vas a reventar! ¡Todas las noches de juergas y otras cosas!

—¿Otras cosas?

—Bien... ¡ya sabes a qué me refiero!

David se puso en pie y se quitó el frac, preocupado, aunque no lo aparentara. Dentro de un momento ya se habría olvidado de todo y no quería que ocurriera así, pues que molestaba a su padre.

—Lo que me hace falta es una ducha. Todo el mundo duerme demasiado. Fíjate en Edison.

—Fíjate en mí —le interrumpió su padre, sin estar afectado por la comparación—. También yo fui joven como tú, viví igual que tú, tenía tu aspecto... Luego, de repente, me encontré tal como soy sin darme cuenta—suspiró, sabiendo que no era un dechado de perfecciones. David le palmoteó en la espalda.

—Papá, yo te encuentro maravilloso. Yo no puedo esperar —abrió la puerta de su gabinete de trabajo y llamó a su secretaria—. Señorita Dyer, no sé si...

Pero la señorita Dyer estaba en un conflicto. Casi por debajo de sus brazos aparecía la cabeza del investigador de la Casa de Maternidad, que, por lo visto, estaba dispuesto a perder hasta su dignidad en el cumplimiento de su deber. La secretaria explicó quién era a David.

—De los asuntos de beneficencia se encarga el señor Hennessey. Su oficina es la primera de la planta baja.

—Yo no he venido para hacer ningún cobro —explicó el investiga-

dor, que había recobrado su propopeya y que avanzaba con su sombrero apoyado en el pecho—, muchas gracias, sino por un asunto bastante personal.

David le hizo pasar, devanándose el magín por averiguar cuál sería el asunto confidencial que podía tener con la Casa de Maternidad. Cuando estuvieron solos y a punto de sentarse, el joven pensó que su aspecto debía ser bastante desagradable e instintivamente se arregló la corbata.

—¿Qué se le ofrece?

—Una empleada de usted, una joven —relató el investigador, mirándole con una insistencia, que David supuso sería acusadora—, nos ha traído un bebé.

—Ya entiendo.

—Y yo... yo he descubierto al interrogar al personal que ha sido despedida hoy precisamente, por lo que creo que esto es lo que le ha impulsado a abandonar a su hijo —su leve acento de triunfo, dió paso a uno francamente patético—. Señor Merlin, ¿permítala ocupar otra vez su puesto!

—Bien, no es asunto de mi departamento.

—Señor Merlin, si hubiese usted visto a esa madre negando su maternidad, le hubiera emocionado el corazón.

Sino emocionado, por lo menos estaba interesado. Recogió su chaqueta de una silla cercana y se en-

caminó hacia los lavabos, dispuesto a hacer cuanto estuviere de su mano. Abrió la puerta y señaló el interior.

—¿Le molestaría estar aquí?

—De ningún modo —aceptó cortesmente el investigador—. Daba lástima, señor Merlin, ver al niño... Y durante el año pasado se nos han presentado quinientos treinta y siete casos como ese.

Era una cifra aterradora, casi inverosímil. David nunca había supuesto que existiera tal cantidad de niños en el mundo, a juzgar por las apariencias. Pero las estadísticas hablaban...

—¡Quinientos treinta y siete! —suspiró, pensando en la cantidad de vacas que significaba el número y la proporción de juguetes consiguientes.

David ya se había recobrado de su emoción y adoptado una apostura conveniente, en un sillón junto al investigador, cuando Polly entró temerosa en su despacho. Le pareció muy bonita, pero aquello no tenía nada que ver con el asunto que llevaba entre manos. Polly estaba más azorada de lo que deseaba demostrar. Aquel era un día de prueba: primero el despido, luego el niño, y más tarde "eso"... Pero David la habló con la amabilidad de un ser superior y bondadoso.

—Buenas tardes. No quiere sentarse, señora...

—Señorita Parrish—le corrigió el investigador con un ademán

Hizo el joven la enmienda necesaria y Polly le obedeció, sentándose en el borde del sillón y mirándole con sus grandes ojos azules muy abiertos. David empezó a no extrañarse de que le ocurrieran toda clase de percances y se expresó con una dificultad creciente durante unos segundos.

—Señorita Parrish, ¿ha recibido usted un aviso de que quedaba despedida hoy?

—Sí, señor—farfulló Polly, plenamente asustada.

—Fue una equivocación... Le ruego nos perdone. No volverá a ocurrir. El puesto que tenía puede ocuparlo tanto tiempo como usted quiera.

Polly se desplomó contra el respaldo de su asiento y se enderezó rápidamente. Había algo que no entendía, por no decir todo, en el asunto. La sonrisa de David, la sonrisa del investigador, su aspecto protector.

—¿Qué dice usted, señorita Parrish?—preguntó impaciente el investigador, imaginando dureza de corazón su silencio.

—Gracias. Se lo agradezco mucho.

—Y se le aumenta el sueldo en cinco dólares semanales, a contar desde la última semana —agregó nervioso David—. ¿Está usted satisfecha?

—¿Qué dice usted, señorita Parrish?—insistió el investigador.

—Gracias.

—Pero el ser reintegrada a su puesto —aquí cambió una mirada con el investigador— y recibir un aumento, no es el verdadero regalo de Navidad.

—¿No?—murmuró Polly.

—¡Oh, no, no, no! Su regalo de Navidad es probablemente el mejor regalo que se puede hacer a una mujer.

—¡Es verdad!

—¡Casi la envidio a usted! ¡La envidio a usted!—repitió David.

—¿De veras?—exclamó Polly, no muy convencida de lo que decía.

—¡Qué afortunada es usted teniendo como jefe al señor Merlin! —intervino el investigador.

—Cuando llegue usted a su casa esta noche, recibirá un regalo de Navidad. Ahora, señorita Parrish, puede volver a su departamento.

—Gracias.

Se puso en pie. Las piernas le temblaban; no se atrevía a dar la espalda a los dos hombres y de tal suerte retrocedió hacia la puerta, buscando a tientas el pomo. Alguno de los tres estaba loco, sino eran los tres a unísono. David estaba algo molesto por su indiferencia, pero ya que los poderosos deben proteger a los pobres, dijo:

—¡Y ahora le deseo a usted y a todos los suyos unas felices Navidades.

¡Era demasiado, era demasiado bonito y maravilloso...! Encontró el

pomo de la puerta y lo hizo girar, tropezando con la jamba.

—Gracias, y lo mismo deseo a ustedes.

Al estar solos los dos hombres se estrecharon las manos. David sacó la conclusión de que Polly era muy bella, muy bella, pero que su estupidez corría parejas con tal cualidad. No podría olvidar en mucho

tiempo la ternura de sus ojos azules. Era una gran cosa hacer el bien. Se sentía confortado por su conducta. De repente se puso pensativo:

—Es una muchacha encantadora para que...

—¡Qué mundo ese! —corroboró el investigador, sacudiendo la cabeza—. ¡Ya estoy viendo la cara que pondrá ella esta noche!

David Merlin recibe un regalo

También le hubiera interesado al señor Merlin, hijo, lo que pensó de él y de su estado mental la muchacha. Polly se estaba preparando alegremente para el concurso de baile, tarareando la canción transmitida por la radio y recorriendo satisfecha con los ojos sus habitaciones. No podía pedir más: no sólo eran confortables, hasta casi lujosas. El balance del día que se acababa había sido fructífero. Se le antojaba que un hada había intervenido con su varita mágica para ordenar y mejorar su situación.

Cuando abrió la puerta, sobre la que habían propinado dos golpes, se encontró ante el investigador y la enfermera, cargados ambos de paquetes envueltos de calofana, y tan animados como si fuera a un espectáculo. El investigador fue colocando su carga en donde quiso y antes de que Polly tuviera tiempo de in-

dagar el motivo de la invasión anunció:

—Algo de parte del señor Merlin. Su regalo de Navidad de los señores John B. Merlin e hijo.

Y la enfermera depositó al bebé sobre el diván.

—¿Qué dice usted, señorita Parrish?—insistió el investigador ante su silencio.

—Ahora sabrá usted lo que digo —gritó desesperada Polly—. ¡Ya se están llevando ustedes a ese niño de aquí ahora mismo!

—¿Ya sabe usted lo que está diciendo?

—¡Claro que sí! No es mi hijo y pueden guardarlo en la Casa de Maternidad, a la que pertenece.

Aquello era inaudito. Poco les faltaba a los ojos del investigador para salirse de las órbitas. La mujer ya no es tan dulce como antaño e, incluso, llega a ser contumaz

en sus decisiones. Pero él, la Justicia, David Merlin, y todos los argumentos, pasando por la sensibilidad y la emoción, se opondrían a tamaño desafuero. Pero con hablar a la razón, al sentido común, habría más que suficiente para conducirla por el recto camino. Le desagradaba hacerlo, pero las circunstancias le obligaban.

—Pero no comprende usted que el señor Merlin ha vuelto a darle el empleo para que pueda usted criar a su hijo a su lado y cuidarle. ¿Y en cambio prefiere usted que se críe como un huérfano?

—¡Repito que no es mi hijo! ¡Yo no soy su madre!

—Vamos, señora Wilkins—ordenó el investigador con desprecio.

—Este niño estará otra vez en la Casa de Maternidad antes que ustedes lleguen allí... ¡Ya verán!—casi gimió Polly, enfureciendo al hombre, que detuvo su avance para responder:

—Yo no haría eso en su lugar. No conseguirá nada abandonándolo en cualquier parte, porque en seguida nos lo traerán, y nosotros tenemos los datos necesarios. Yo no informaré al señor Merlin sobre la actitud que usted ha adoptado—concluyó con magnanimidad, cerrando la puerta.

—¡Pues yo sí! ¿Qué le parece a usted?—pero el investigador no la oía. Saltándole las lágrimas de rabia, se encará con el pequeñuelo,

que se sonreía y paladeaba un dedo—. Oye, chiquillo, no se trata de nada personal. Es que... —se arrodilló junto a él conmovida— yo no entiendo mucho de niños, ¡y tú eres tan pequeño! ¡Quita ese dedo de la boca! ¿Quieres que te salgan los dientes torcidos? ¡Vamos, vamos, quítalo, quita el dedo de la boca!

Polly a partir de aquel momento se olvidó de lo que significaba el pequeño en su vida. La única verdad que concebía es que frente a ella tenía un ser desvalido que despertaba lo más glorioso de su feminidad.

Se repitieron los golpes en la puerta, volviéndola a la realidad. Era Fred, así lo anunciaba bromeando y agregando algunos calificativos elogiosos a su nombre. Como un rayo la hirió el pensamiento de que Fred no debía ver al niño allí, junto a ella, pues al día siguiente todo el almacén conocería su existencia. Buscó apurada, alguna parte adecuada para ocultarlo; se repitieron las llamadas, creció su apuro... por fin, colocó al niño y a sus enseres tras el diván, situado en el centro de la habitación. Luego abrió la puerta.

—Hola, Fred—dijo, respondiendo a su saludo—. Me parece que no me será posible salir contigo esta noche, porque creo que voy a tener dolor de cabeza.

—¡Eh! pero, ¿qué dices?... No

es posible que salgas con esas. No hagas quedar mal al maestro. Todo está arreglado. Mi hermano me ha prestado el coche. Lo tengo ahí en la esquina.

—Lo siento mucho. Fred. No puedo ir contigo —¿cómo iba a dejar sola a una criatura?—. Estoy segura de que yo no...

Pero advirtió que Fred estaba seriamente contrariado, puesto que se mordía los labios.

—Vamos, vamos, presta atención a lo que te digo. Todo lo tengo arreglado. Ya te dije que uno de los jueces es amigo mío. Hace unos minutos que hablé con él por teléfono y está... —se interrumpió, lo mismo que la circulación de la sangre de Polly. El niño lloraba tras del diván; más tornaba a callar—. Hace unos minutos que hablé con él por teléfono y dijo que todo estaba arreglado.

Se repitió el llanto. Fred miraba en todas direcciones; mientras Polly estaba pendiente de sus ojos. ¡Era terrible! Había que hacer algo y muy aprisa.

—Has hablado con él por teléfono... —insistió Polly nerviosamente—. ¿Y qué te ha dicho?

—Pues me ha dicho que todo estaba arreglado —se oyó de nuevo el vagido—. ¿No oyes un niño que está llorando?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Ah, un niño! Sí, es un niño que hay al lado. No me deja dormir casi ninguna noche.

—¡Vaya molestia! —compadeció Fred ya tranquilizado—. Bueno, yo creo que no nos vendrá mal, aunque con un poco de trampa, que nos ganemos veinticinco dólares cada uno, ¿verdad? Y eso no nos costará un gran esfuerzo...

Si Fred no huyó fue porque el asombro le dominaba, mientras que Polly de buena gana hubiera desaparecido como un huracán. El bebé, viendo que los alaridos eran despreciados por las personas mayores, decidió que era hora de emprender una fantástica carrera por aquel reino desconocido y, doblando la esquina del diván, se presentó arrastrándose sobre la alfombra. Fred perdió de vista sus fáciles cálculos, ya que, a juzgar por la personilla que le estaba sonriendo desde el suelo, no podían ser otra cosa que un sueño. Polly se contentó con hacer un gesto vago que nada expresaba.

—Oye, ¿es que ha atravesado la pared? —y al protestar Polly de su necedad, agregó—. ¿Es... es tuyo?

—No, no es mío —pero era inútil. Patente era que Fred, tenía la misma certeza que David y el investigador—. No sé que estás pensando, pero todos están equivocados.

Es difícil averiguar si Fred intentó explicarse aquel "todos". Por lo menos, no le sorprendió mucho. Rápidamente avanzó hacia la puerta.

—Escucha, si tienes dolor de cabeza, o si crees que vas a tenerlo,

será mejor que no vayamos al baile.

Pero Polly no le escuchaba. Se sentó en el diván, soslayando con la mirada al bebé, que continuaba emitiendo sonidos inarticulados y recorriendo los complicados caminos de la alfombra. Abrió el listín de teléfonos y lo hojeó rápidamente.

—¿Has dicho que tienes un coche? ¿No es eso? —encontró el número o dirección deseada y se precipitó hacia el niño—. ¡Vámonos, vámonos, niño!

—¿No querrás llevar contigo al niño? —protestó Fred, con aprehensión. Un concurso de baile no se le antojaba muy adecuado como diversión infantil. Polly se puso de un manotazo el sombrero, se puso el abrigo con no menos celeridad. ¡Ahora sabrían quién era ella!

—Tengo que ir a un recado que nos viene de paso. Vamos.

Voló escaleras abajo, seguida de Fred que frenó sus reparos al advertir que no hacían mella en su ánimo. Además, la curiosidad, la pícaro curiosidad de saber quién, cómo y cuándo pararía la extraña conducta de su pareja, le hizo pisar el acelerador y parar ante una hermosa casa de la Quinta Avenida. Comprobó si era aquella la dirección pedida por Polly y la piel se le puso de gallina. Estaban ante la casa de sus jefes.

Polly pulsó el timbre y dirigió unas palabras cariñosas al chiquillo, que jugueteaba con un botón de su

abrigo. Si no hubiera sentido tanta ira algo inefable hubiera contenido su determinación. Un prosopepéyico criado le abrió la puerta y le hizo una cortés pregunta.

—¿Está el señor Merlin hijo? Quisiera verle—y sin más, le dio un empujón y penetró en el amplio vestíbulo.

El criado de David, ante la intrusa, joven, excitada y con un bulto en los brazos, muy parecido a una criatura del Señor, experimentó la misma sensación de hallarse ante una pistola.

—¿Quiere usted decirme... lo que desea?

—Pues que no puedo cuidar a este niño. Después de todo es él responsable... y tiene influencia —el criado se hubiera tapado los oídos para no enterarse de aquella aventura de su amo—. El me ha metido en el lío y él puede sacarme...

—No creo que usted pretenda dejar a este niño—gritó, mientras Polly se adelantaba resueltamente hacia un sillón y lo depositaba en él.

—Puede decirle que lo ha dejado aquí la señorita Parnish y que deberá emplear su influencia para que lo admitan en aquella Casa. ¡Adiós, niño!

El criado oyó el chasquido del beso y vio la veloz desaparición de la joven. Abrió las manos impotentes. Ahora tenía el niño en brazos. David que descendía por la amplia escalinata que moría en el vestíbu-

lo, pudo percibir un revoloteo de faldas y que una persona muy parecida a su criado, pero menos flemática, se precipitaba en su dirección, llamándolo y mostrándole un bulto de lana. El criado recobró, en parte, el aliento y alejó de sí al pequeño montoncillo de carne sonriente.

—Una señorita ha dejado esto para usted, señor.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo ha dejado? —gritó furioso David ante tanta maldad—. ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que era la señorita Parrish, señor. Y que usted haría uso de su influencia para que ingrese en una Casa—concluyó interrogante.

—Esa muchacha debe estar loca —gritó arrebatándole la criatura—. ¿Dónde ha ido?

El criado le llevó hasta la puerta y le señaló a un largo automóvil

negro que en aquel momento se alejaba de la acera como una exhalación.

—Está en aquel coche, señor.

—Bien vamos, vamos—se impacientó David, saliendo a la calle y zarandeando peligrosamente al chiquillo, de tal suerte que el criado creyó oportuno hacer una indicación, en el tono más suave de su repertorio:

—Cuidado... Tenga cuidado, señor. Es un bebé, ya lo sabe usted.

David no tuvo tiempo de estudiar si era una advertencia o algo más artero, como una alusión a una posible paternidad. Lanzó en pos de los fugitivos unos gritos estentóreos que, aunque no sirvieron para detenerlos, sí lograron llamar la atención de los viandantes sobre su persona.

Y con la furia de un Némesis implacable se lanzó a una persecución indomable.

El chantage

Como si Fred hubiera estado enterado de la orden que en aquel momento daba David a su fámulo de no apartar ni un segundo los ojos del coche de sus perseguidos, mandato que el criado obedeció a pies juntillas, Fred tuvo que confesarle que ya había perdido todos los deseos de ser un concursante en un

certamen de baile. Polly parecía estar tranquila y ya olvidada de la enormidad que había cometido. Fred, con toda la diplomacia que halló en su magín, le insinuó que su dolor de cabeza había ido a sumarse al de la muchacha y que estaba dispuesto a regresar a su casa. La joven se echó a reír, con una san-

gre fría alarmante, con algo muy semejante a la dicha de una conciencia tranquila y le espetó que estaba asustado.

—Claro que estoy asustado. ¿Crees que me gusta pasear con una muchacha que tiene amistad con el amo? Tengo un empleo que defender.

—¡Vaya! ¡No te pongas tonto! Aquel niño me lo trajeron por equivocación y él es el único que puede arreglar el asunto.

—No quiero ser visto con nadie que tan siquiera le conozca—se obstinó Fred, echándose el sombrero hacia atrás desesperado. Claro que cada cual tiene su método propio para arreglar sus asuntos privados, pero el que había presenciado le hacía temblar las manos sobre el volante.

Paró el vehículo, casi al azar, ante la "Zapatilla Rosa". Polly vio dibujarse en los cristales las sombras de las personas que llenaban la sala y los pies le bailaron solos de placer. La mandíbula de Fred se dibujaba con un rictus testarudo contra los cristales. Para animarle, le puso la mano en un brazo y le palmoteó cariñosamente.

—Pero por veinticinco dólares puedes arriesgarte a ello. El no irá a bailar a la "Zapatilla Rosa".

Polly hablaba como un libro. Fred saltó a la acera y le ofreció la mano y, poco más tarde, ambos desaparecían por las puertas de la

sala, que eran un cálculo de las fauces de un animal aullador.

El criado indicó a David la necesidad de parar, puesto que los fugitivos iban a celebrar su triunfo con unos cuantos pasos acrobáticos. David miró con repugnancia y disgusto el edificio, pero, puesto que estaba escrito que él defendería la dicha de un ser indefenso, recuperó al bebé y pronto estuvo en la sala, llena de parejas que se contorsionaban al son de una música disparatada, esperando que, de un momento a otro, los árbitros las eliminasen.

Señor y criado permanecieron tibatueantes en el umbral, luchando por recobrar la normalidad y agudeza de su oído, quebrantado por la baurunda del salón. Sin saber por qué, David hizo acopio de fuerzas al notar el cuerpecillo del chiquillo, envidiablemente dormido, contra su pecho. El criado carraspeó haciéndole notar que empezaban a llamar la atención. Un empleado, que llevaba un aparatoso emblema en el ojal de su smoking, se les acercó solícito.

—¿De qué color lleva el vestido tu esposa, Miguelín? Tal vez podemos ayudarte a encontrarla.

El hombre olía a whiskey barato y estaba muy encarnado. David volvió su cara en otra dirección, haciendo una mueca de desagrado.

—No necesito ninguna ayuda. Mientras se dirigía hacia los cor-

donde que separaban a los espectadores y concurrentes defraudados de los bailarines, Polly y Fred ejecutaban unos pasos, casi arriesgados, mereciendo unos aplausos en premio. El criado oyó que el empleado despreciado, aconsejaba a sus ayudantes no perdieran de vista a David. Le llamaba "alborotador". Un alborotador era para el criado, un hombre que gusta de subirse a las farolas a altas horas de la noche. Su amo no tenía tales debilidades, por lo que el epíteto le sorprendió. Para borrar esta sorpresa, aunó sus ojos a los de su señor en la inspección de la pista y, tras de buscar a la muchacha entre los numerosos cuerpos que se interponían, extendió un dedo, que, inmediatamente, se replegó sobre sí mismo.

—Allí está ella, señor. Allí, señor, el número 38.

En efecto, el criado no se engañaba. El número de Polly ondeaba a sus espaldas al dar una vuelta, caer de rodillas, volver a levantarse y al acabar entrechocando con Fred, que la jaleaba, con orgullo no muy bien disimulado. David tuvo un sobresalto de puritano.

—¡Con que esa es la moderna generación! ¡La maternidad del siglo *xx*...! Deja el niño en casa de cualquiera y se va a hacer eso. Voy a decirle lo que pienso. ¡Toma eso, tómallo y espérame!

Dejó el niño a la custodia del criado y avanzó hacia el lugar por

donde se entraba a la pista. Pero es muy difícil que una persona sola haga una buena pareja. El empleado que guardaba la entrada así lo estimó y estiró un brazo deteniéndole, cuando ya hacía girar los travesaños.

—¡Alto ahí, amigo! ¿Dónde está su pareja?

—Sólo desen hablar con alguien que está allí

—Tendrá que esperar a que termine el concurso.

David cruzó los brazos resignado, pero antes de reunirse a su criado, preguntó:

—Bien, ¿y cuánto tardará?

—Cosa de una hora —el grito de David alarmó al empleado—. Oiga, amigo, si quiere usted pasar, ¿por qué no se procura una de las concurrentes?

David siguió inmediatamente el consejo. Eligió a ojos cerrados a una muchacha que llevaba el compás con los tacones y su ofrecimiento fué aceptado. Poco después, se internaba en el bosque de seres en busca de Polly, escuchando como entre nubes la voz de su pareja, que aquella noche había estrenado un traje de una tonalidad alarmante.

—Pon en ello voluntad, chico, pero procura entusiasmarte poco a poco.

Pero David le cortó el resuello. Desde aquel día la muchacha defendió el criterio de que en la alta sociedad tienen un concepto muy

distinto del baile que entre las gentes sencillas, o bien que no saben una palabra de ritmo, puntos y demás requilorios. David recorrió en línea recta, tropezando con las parejas, con la propia, con la falda, con los pies, un lado de la sala y de allí emprendió su investigación en otro sentido y con el mismo ímpetu. Se negaba a escuchar las protestas de la muchacha; sus brazos la apretaban fuertemente para evitar que huyera de su lado y le desamparase, le frustrase su venganza. La muchacha le echó hacia atrás, como último recurso. Cuando pasó ante los jueces y gritó, intencionadamente:

—¡Esto es un concurso de baile y no de boxeo!

El resultado fue inmediato. Los jueces se percataron de la torpeza de David y le indicaron que otra vez tendría más suerte; más el joven que ya estaba cerca de Polly y Fred hizo oído de mercader y cruzó entre ellos, con lo cual el afán de legalidad y el espíritu de institución que enardecía en los árbitros, quienes le perseguieron como su sombra, No obteniendo fruto sus protestas llamaron a unos cuantos empleados, que cogieron al muchacho. Entonces un juez le aulló:

—Basta de bailar; puede retirarse.

—Es usted muy amable, pero yo...

—La decisión de los jueces es final—proclamó uno de ellos.

Fue llevado en volandas hacia la puerta, no sin que disparara sus puños y rebullera en todas las direcciones, pero el número le abrumó. Naturalmente, todos los espectadores fueron testigos de aquella escena, los reflujos de la cual, en forma de algunos bailarines caídos por el suelo, llegaron a Fred y a Polly. Aquél aflojó su atención de los pies y de la música y distinguió el arrastre de David fuera de la pista y se quedó boquiabierto. Polly se alarmó y le preguntó la causa de su expresión:

—No puedo quitarme a Merlia del pensamiento. Me pareció verle ahora mismo.

—¡Estás loco!

Un hombre tan elegante como David no puede permitir impunemente que le expulsen de un sitio y mucho menos habiendo sufrido desperfectos físicos y de indumentaria. Su cara asustó al criado cuando ambos se encontraron en la escalera. Retrataba un odio tan intenso que, sin duda, para calmarle le entregó al chiquillo.

—Tome usted, señor.

—Llama a Hennessey y averigua la dirección de la muchacha.

—Bien, señor.

Finalizado el concurso, Polly y Fred llegaron con gesto mustio a la pensión de la muchacha. Fred, sin decir una palabra, abrió la porte-



Indudablemente aquel hombre estaba satisfecho y se creía el heraldo de la felicidad. ¿Era, pues, lo que llevaba entre sus brazos el tan c6lebre regalo de Navidad?



El joven estaba desconocido y no precisamente por los juguetes que tenia entre manos. En su rostro aparecía una mezcla de ira y de paciencia que nada bueno auguraba.



¡Bah! Todas las madres son lo mismo; presumen de mártires, como si no existieran niños desde que el mundo es mundo.



El joven quiso disimular su consternación. Por lo visto la señorita Parrish era tremendamente escéptica en materia de libros y rechazaba la rama de olivo que él le tendía.

zuela y se reunió a Polly, subiendo la escalera meditabunda. Polly le alargó la mano.

—Bien, Polly, siento que no haya ocurrido lo que me figuraba.

—¡Oh! no ha sido culpa tuya.

—No, ha sido uno de esos éxitos improvisados.

—Tal vez nos excedimos en el esfuerzo —suspiró Polly, introduciendo el llavín en la cerradura—. El dinero me hubiera servido de mucho.

—Lo mismo digo. Mira que ganar el primer premio... ¡Qué mala pata! —dijo el joyen, lanzando una mirada desdeñosa a la hermosa copa que llevaba en la mano.

Pero la decepción no era tan inmensa que apagasen las aficiones donjuanescas de Fred... No todo le iba a salir mal. Polly era una muchacha muy agradable y cuando abrió la puerta de entrada, subió tras ella las escaleras hasta llegar a su departamento. Polly se había puesto repentinamente seria. Había barruntado que iba a acontecer aquello, pero no por eso le desagradaba menos.

—Bueno, ¿qué te parece si me invitaras a tomar algo?

—No, no tengo licores aquí —aseguró apoyándose contra la puerta, mientras Fred intentaba abrirla—. Te aseguro que no tengo.

—Bien, ¿y no podrías convidarme a fumar?

—Tampoco tengo cigarrillos.

—Pero, ¿quién te pide cigarrillos? Yo tengo un paquete entero. Lo que no tengo son cerillas...

La insistencia de Fred se fue haciendo cada vez más potente y más pegajosa, a la par que Polly se obstinaba más y más en cerrarle el paso. No le interesaba Fred; incluso le repugnaba por sus aires donjuanescos. Prosiguieron los dimes y diretes. Fred perdió la paciencia, empujó a la puerta y a la muchacha a la vez, con el resultado de que ambos entraron como despedidos por una catapulta en la habitación.

Con un rostro pétreo, que no auguraba nada bueno, estaba sentado David cerca del niño, al que entretenía con un llavero y algunos juguetes. Les lanzó una mirada de desprecio.

Polly dió al olvido a Fred y éste borró de su imaginación a Polly y a sus deseos de fumar un cigarrillo en su compañía. De pronto, comprendió que era tremendamente tarde; se quitó el sombrero, se lo volvió a poner, sonrió sin éxito evidente y, bajo la aguda y lacerante mirada de su jefe, balbuceó, sin saber a ciencia cierta lo que estaba diciendo:

—Hola, señor Merlin. Entré unos momentos a fumar un cigarrillo... y... Hemos estado bailando. Yo... Bueno, será mejor que me vaya. Buenas noches.

Se cerró la puerta sin que David

pronunciara un saludo, ni intentara aclarar su presencia en la habitación de Polly. Pero Fred había comprendido muchas más cosas de las que hubiera, de momento, deseado conocer.

David volvió a jugar con el niño y el llavero. El tintineo metálico hizo que Polly regresara a la realidad. Se percató de que el joven iba despeinado y arrugado como si hubiera sostenido recientemente una refriega. Pero una sola idea había en su conciencia, la de relatarle la inoportunidad de Fred, de excusarse de su corte, como si le interesara al joven. Acertando en la necesidad que suponía, cometió otra al decir:

—¿Cómo ha entrado usted aquí, señor Merlin?—y se hubiera mordido la lengua. No era un exordio muy brillante para soportar la tempestad que se avecinaba.

Pero la voz de David fué bastante amable al empezar su relato, a las pocas frases del cual se puso en pie y se le acercó amenazador, perdiendo su habitual compostura:

—La dueña ha tenido la amabilidad de permitirme... —se corrigió, señalando con un ademán trágico al bebé—, de permitirnos, la entrada a causa del frío. He estado aquí tres horas.

—Bien, lo siento, yo...—se animó Polly a contestar, quitándose el sombrero.

David advirtió su belleza, pero por la misma razón se sintió más irri-

ritado. Como muchas personas, creía que la maldad es pareja de la fealdad y Polly despertaba en él un interés, ya no puramente humano, pero sentimental. Era como sacar una espada y notar que nos apuntan con una pistola. Por lo general, se dominó y su voz sonó desdenosa y deliberada:

—He estado aquí tres horas, señorita Parrish, esperando sólo para hacrele una pregunta. ¿Qué clase de cerebro tiene usted que concibe la idea de ir a bailar como una idiota diez minutos después de abandonar a su hijo en una casa extraña, que... vaya usted a saber... podían estrangularle.

—¿Ha terminado usted?

—No. He visto muchas cosas en mi vida, pero una madre que abandona a su hijo y se va al baile, será una cosa que quedará en mi memoria como recuerdo repugnante.

—Un momento, señor Merlin...

—¿Tiene usted interés en saber lo que voy a hacer?

—¿Le interesa a usted saber que yo no soy la madre de este niño?

—Eso es lo que encuentro más vituperable. Que niegue usted a su hijo, que se pone a llorar en cuanto se separa de sus brazos... Aquella gente tienen experiencia... Conocen a una madre verdadera en cuanto la ven. ¡La despediré a usted! Es decir, ¡ya está despedida! ¡Pero eso no es nada!

—Yo no soy la madre de ese niño.

—Bien, usted no es la madre; pero cuando usted vaya de casa en casa buscando empleo, hallará que ningún establecimiento de la Asociación de Comerciantes de América querrá aceptarla. Yo me encargaré de ello. Pero eso no es nada. Todos los patronos le pedirán referencias de su conducta. Y mi imaginación no concibe a nadie cuya conducta sea menos merecedora de referencias que la de usted. Yo explicaré su conducta.

—¡Oiga, eso es persecución!

—Claro que lo es, y con el tiempo vendrá usted a solicitar otra vez el empleo, y entonces comprenderá lo que es tener seguridad y ocasión de educar y criar a su hijo por sí misma. Usted ha bailado. Ahora pague el... violinista. Tiene usted obligaciones que cumplir con ese niño; ¡hágalo, pues! ¡Buenas noches!

Avanzó hacia la puerta con grandes zancadas, pero en los grandes ojos de la muchacha destelló una luz, entre las lágrimas, que le conmovió deteniendo su ímpetu. Polly se sentía tan desgraciada como la persona a quien dicen que tiene dos narices, que sabe que sólo posee una, pero ha de aceptar la existencia de dos. Sin embargo, algo, una dulce tristeza, que no la desagradaba, la ayudaba a comprender la nobleza de los móviles de la conducta de David. Al fin y al cabo, luchaba por

el que creía su hijo, había pasado la noche en vela por él y estaba a punto de despedirla en pro de su bien y el de ella. David pensó que había sido demasiado duro y que también tenía cosas que reprocharse.

—¿Ha decidido usted pedir otra vez el empleo o quiere en primer lugar pasar un poco de hambre?

—Quisiera tener el empleo.

—Bien, eso me gusta más.

—Yo no soy tan mala como usted cree.

—Entonces, ¿por qué obró como lo hizo?

—Debía hacerlo! No tenía a quién recurrir.

—Pero, ¿no hay forma legal... de obligar al padre a mantener el hijo?—preguntó, entrando ya en el terreno de las confidencias.

—No quiero tener trato alguno con él —protestó la astuta muchacha, vislumbrando el partido que podía sacar de su situación—. Acostumbraba a pegarme. ¿Ve esto?—dijo, mostrándole una cicatriz del brazo—. ¡Una cafetera!

—¡Oh! ¡Pobre muchacha!—se conmovió David.

—Todo empezó...—pero David se espantó de oír más desgracias.

—Sí. Ahora debo marcharme. Y creo que usted necesita dormir. No se preocupe más. La casa la protege —cortó sus agradecimientos—. ¡No hay de qué! Buenas noches.

—Buenas noches —Polly se arrodilló junto al pequeñín, al que

abrigaba una bufanda de seda de David—. ¡Gracias por el empleo, de todas maneras! Pero eso no puede durar mucho, ¿entiendes? ¿Qué voy a hacer contigo si te ocurre alguna cosa? ¡Lo pensaré! Creo que mientras tanto deberías desnudarte.

—¿Puedo entrar un momento? —preguntó la voz de su casera. Y antes de que Polly pudiera ocultar al pequeño, hizo lo que pedía. La señora Weiss era una anciana muy simpática y servicial, que la estimaba mucho—. No necesita usted ocultarme el niño. Lo sé todo. El hombre que yo he dejado entrar aquí me ha contado su historia. ¿Por qué quería usted abandonar al niño? ¿Creyó usted que no se lo permitiría tener aquí? ¿Qué clase de mu-

jer cree usted que soy yo? Yo la ayudaré a cuidar al niño. Tengo abajo un cochecito, una camita y todo lo que usted necesite. ¡Qué niño tan hermoso! ¿Cómo se llama?

Polly no había tenido tiempo de pensar este extremo. Buscó un nombre en su imaginación y, tal vez por asociación de ideas, o porque el nombre era repetido mil veces durante el día junto a sus oídos, exclamó:

—John.

—Es un nombre bonito... John.

—Sí... John.

Con lo que el niño quedaba bautizado y Polly daba otro paso más hacia la encrucijada que había de intrincar extrañamente su existencia.

El clavel en la solapa

Al día siguiente de Navidad los almacenes Merlin se vieron invadidos por una muchadumbre de clientes. El final de año se acercaba y la demanda de toda clase de regalos era natural. Esto dio oportunidad de entrevistarse con Polly a Fred. Deseaba "protegerla", es decir, asegurarla que nadie sabría nada por su boca; no obstante, le picaba la curiosidad e intentaba averiguar la influencia que Polly tenía sobre David; en caso imprescindible, y tal caso se había presentado, iba a sacar partido de su conocimiento. Así

es que, empujando una carreta cargada de cajas destinadas a Polly y a Mary, se presentó ante el mostrador de las dos muchachas.

—¡Buenos días, Polly —reparó inmediatamente en el extraño aspecto de su antigua pareja. Tenía los ojos cerrados y hablaba como una sonámbula.

—Buenos días —le respondió con voz ronca—. No hables demasiado alto. ¡Me despertaría!

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? ¿Es que hace tiempo que no duermes?

—Hace dos noches —replicó té-

tricamente, cogiendo las cajas que le entregaba—. ¿Cuánto tiempo puede resistir una persona sin dormir?

Pero la contestación no pecó de lógica, aún para el cerebro aturrido de la joven. Fred adoptó un aire confidencial y apoyándose en el mostrador con cautela, después de lanzar una mirada en torno suyo, afirmó confidencialmente en voz baja:

—Escucha, Polly... Confía en mí. Yo soy un hombre que sabe ser reservado. No sacarían nada de mí ni con tenazas.

—¿Eh?— exclamó maravillada, saliendo un instante de su sopor.

—¿Qué te parece si hablaras en favor mío con... quien sabes?

—Pero, ¿qué te pasa?

—Nada —la tranquilizó Fred con seguridad creciente—. Oye, el puesto de ayudante de encargado de sección está vacante en este mismo departamento. Tú ya sabes, con el clavelito aquí —se dio un golpe en la solapa—. Sólo una palabra tuya a... ¿Eh?... Y yo dejaría de empujar esta repugnante carreta por ahí.

El jefe de sección interrumpió las insinuaciones de Fred, acercándose a ellos, antes de que Polly lograra alcanzar el verdadero significado de las palabras de su compañero. Ordenó a Fred que quitara la carreta del paso y a Polly que diera cuerda a los patos Donald, con lo que

el fin de Fred quedó, por decirlo así, en el aire.

Pero la Providencia había dispuesto que los deseos de Fred se vieran cumplidos, a la par que aumentara la convicción del joven de que no había errado en sus apreciaciones. Por azar David fué a parar aquella mañana a la sección de juguetes en donde estaba Polly hablando con uno de los altos empleados y su mirada tropezó con la esbelta figura de su "perseguida". Obedeciendo a un impulso repentino se apartó de su acompañante y se encaminó hacia Polly. Todos se fijaron en su movimiento, pero lo estimaron natural.

—Buenos días, ¿Cómo está usted?— preguntó titubeando, con temor de ser recibido a cajas destempladas.

—Le oigo a usted, pero no puedo verle bien —le respondió vacilando entre sus patas, mientras los patos graznaban y saltaban en el mostrador—. No he dormido durante dos noches. El niño ha estado llorando.

—¿Por qué no le hace dormir sobre su estómago? —aconsejó David—. Lo he leído en alguna parte. Es como les gusta dormir.

—¿Y sabe usted cómo se hace dormir a un niño sobre el estómago? —preguntó con cansancio—. Usted lo coloca en esta forma y se va a la cama, pero el niño da la vuelta y empieza a llorar. Usted se levanta y vuelve a colocarlo igual-

mente, y se pone otra vez en la cama. Entonces el niño empieza a llorar, usted se levanta y le da la vuelta y de esta manera, pronto dan las nueve y una tiene que ir a dar cuerda a los gansos.

David se quedó perplejo. Por lo visto, el problema era grande.

—Pero, ¿es que no duerme ninguna madre?

—Empiezo a creer que no.

—Bueno, eso no debe tener gran importancia. Después de todo, todos hemos sido niños una vez, y todos hemos salido adelante sin dificultades—contestó, recibiendo en pago una mirada asesina.

—Gracias, lo meditaré—aseguró. David tuvo la impresión de que estaba haciendo un papel ridículo.

—Eso es lo que dicen todas las madres para demostrar lo difícil que es criar a un hijo. Yo lo comprendí cuando tenía seis años. Buena suerte.

Polly no le pudo seguir con los ojos porque los párpados le pesaban como el plomo. De no ser así hubiera contemplado cómo David hablaba con el jefe de sección y que luego desaparecía, mientras el jefe de sección y Hennessey hablaban entusiasmados de él. Fred contemplaba a los dos personajes con el alma en un hilo; era indudable que Polly había hablado de él y que los hombres que hablaban tenían su destino en sus manos.

—El asunto de su nuevo ayudante—dijo Hennessey, como un eco

de sus pensamientos—. Frederick Miller, tiene derecho al ascenso por antigüedad, al menos que usted formule alguna objeción.

—No. Lo hará bien como cualquier otro. Gracias—dijo separándose del brazo derecho de los Merlín. Subió a su tarima y llamó a Fred que pasaba intencionadamente ante él—. ¡Miller!

—¿Qué desea?—dijo el aludido al punto.

El jefe de sección cogió un clavel pequeño y se lo ofreció con una sonrisa. Fred estaba tan emocionado que marró en su intento de asirlo.

—Para usted. Mañana cuando usted llegue encontrará algunos clavos en este jarrón. Tome uno. Uno pequeño. Buena suerte.

—Gracias, señor.

—Bien.

—Bien—repitió Fred, apartándose de él y abombando su pecho.

Ahora, a dar las gracias a Polly, autora de su ascenso. El no era desagradecido y se dejaría aspar por ella. Polly estaba vendiendo un pato a un señor que lo miraba entusiasmado.

—Tenemos ese pequeño. También sabe graznar.

Fred, como ayudante de jefe de sección, no podía interrumpir una venta. La disciplina era la disciplina. Pero tampoco podía callar su contento. Por consiguiente, pasó rozando el mostrador de Polly y le

lanzó rápidamente las siguientes palabras:

—A eso lo llamo yo servicio...

Polly tuvo que confesarle que Fred estaba tan misterioso posiblemente le dolía el estómago.

David se siente papá

Hay una cosa más ardua que inducir a un niño a que coma, cuando se obstina en no hacerlo, y obligarle a que coma despacio. Para ello se requiere arrodillarse en el suelo, adoptar las posturas más extravagantes y rodearse de una serie de objetos asombrosos, como un sonajero, una pelota... y armarse de paciencia. Polly se hallaba en aquel trance y casi le parecía preferible pasarse las noches en blanco. Pero la tarea le entretenía, tanto que no oyó la llamada y no se percató de la presencia de David en su alcoba hasta que éste habló.

El joven, en realidad, no sabía por qué había elegido pasar el resto del día, mejor dicho, malgastar el resto del día, despreciando la compañía más grata y menos hostil de sus amigos, en enfrentarse con una persona que, por más que se quisiera convencer de lo contrario, no podía tenerle en gran admiración. Era muy oscuro su deseo, tal vez demasiado reciente, para que comprendiera su significado. No obstante, empezaba a barruntar que adoraba el santo por la peana. Al sen-

tirse escrutado por los ojos azules de Polly aumentó su timidez. Le mostró un libro.

—Al pasar por la sección de libros encontré esta obra —balbuceó por excusa—. "El cuidado científico de los niños", por el doctor Joseph Eglemann. Es lo mejor que he leído en mi vida. Lo he leído entero. Todo cuanto usted necesita está aquí.

Polly solamente necesitaba que la dejara en paz, pero, con gran sorpresa, comprendió que no estaba irritada, sino que la visita inesperada de David la halagaba, puesto que una de dos, o iba a ver al niño, o la iba a ver a ella. Y el libro era un pretexto.

—¡Espera, espera! ¡Vamos!—dijo conteniendo la glotonería de John.

—Espere un momento —intervino David—. ¿Cómo sabe usted que está bien eso que hace?

—¿A qué se refiere?

—Darle comida—aclará David tomando asiento.

—No creo que sea nada científico eso. Se pone el alimento en la

boca del niño y él se lo traga. Después de eso todo corre por cuenta de él —exclamó despreciativamente Polly, ofendida por su tono de superioridad. ¡Qué iba a saber un hombre soltero, de niños?

—Eso es lo que usted cree. Vámonos a verlo —respondió David, abriendo el libro—. Aquí está. Alimentación... alimentación, aquí está. Después de preparada la comida, la madre se procurará una cuchara.

—¡Maravilloso! ¿Cómo se le ocurrió eso al autor?

—Por favor —protestó dignamente David—, no sea bromista. Haga lo que él dice. Tome una cuchara.

—Una cuchara—repitió burlona Polly, enarbolando la que hasta entonces le había servido.

—Tómese una cucharada de alimento —siguió leyendo David y dando la vuelta a la página— y póngase sobre un trozo de gasa —levantó la cabeza con apostura victoriosa—. ¡Un trozo de gasa!

—¿Para qué?

—Oiga, ¿quiere hacer el favor de hacerlo tal como dice aquí? —se impacientó David—. Es muy posible que un hombre con veinte años de experiencia sepa de qué está hablando. Un trozo de gasa.

—¿Y después?—indagó Polly, sin buscar la materia pedida.

—Frótelo suavemente en el ombligo.

—¿Cómo?—gritó Polly semiincorporándose.

—Frótelo suavemente en el ombligo —repitió David haciendo acopio de paciencia, pero mirándola con disgusto—. Todas las madres son lo mismo, y, cuando están perdidas, llaman al médico en busca de auxilio. Entonces sus palabras les parecen el Evangelio. Pero antes no. Cuando aquel médico decía que se frotara en el ombligo, por algo sería.

—Pero ¡eso es ridículo!

—No, no lo es. Probablemente es para que el estómago del niño se acostumbre a la temperatura de la comida. Yo creo que es muy lógico.

—Nunca había oído semejante cosa.

—En adelante todos los niños serán criados así, científicamente.

—Polly le arrebató el libro de las manos—. ¿Qué?

—Déjeme que vea eso.

—Yo leo muy bien. Hace muchos años que sé leer.

—También yo sé leer un poco —contestó con mordacidad la joven, mientras David se estrujaba las manos para no estallar en dientes—. Tómese una cucharada de alimento y colóquese —dió vuelta a la página— sobre un trozo de gasa y frótelo suavemente en el... ¡Hum!

—Lee usted admirablemente bien —alabó mefistofélicamente David.

—Bien, no me importa lo que dice. ¡No lo creo!

—Por favor, no me diga usted que sabe más que un hombre con veinte años de experiencia y que un libro sobre la materia.

—Puede estar seguro de que no frotaré con papilla el ombligo de este niño —replicó furiosa. Cogió el plato y la cuchara y la tendió al bebé—. Niño, ¿qué quieres? —en vista de que el alimento era aceptado, continuó—. ¿Quién es ese doctor Egglemen... Eggleford o como se llame? Yo creo que es un...

—¿Qué sabe usted de esto?— profirió David con los ojos centelleantes.

—Para hacer salir los gases —acabó Polly, volviendo a leer; pero antes hizo algo que heló a David: separó dos páginas que estaban pegadas—, del estómago de un niño, tómese una cucharada de aceite caliente, póngase sobre un trozo de gasa y frótese suavemente en el ombligo.

David estaba plenamente arrepentido de haber cedido al impulso de irse de allí. Toda su autoridad masculina se desvanecía ante dos simples, dos necias páginas que habían tenido la ocurrencia de pegarse, de continuar pegadas. Hubiera deseado que la tierra se le tragase antes de tener que soportar impertérrito la mirada satírica de Polly. Casi sin darse cuenta de su acción, cogió un

pato Donald de pequeño tamaño y se puso a darle cuerda.

—Me parece muy gracioso—rió de mala gana el joven.

—Lo es ciertamente. Supongo que si hubiese dicho: "Cuélguese al niño por el cuello", usted lo hubiese encontrado científico. Daré la comida al niño como me parezca. Vámonos, querido, anda, abre la boca.

David se sintió encoger bajo sus vestidos. La burla de Polly era poco piadosa, pero ansiaba tomar una victoria después de tantos sufrimientos inmerecidos. El joven no podía ni quería callar; hacerlo era igual a perder autoridad. Apretó nerviosamente al pato y oyó un crujido a la mitad de su respuesta.

—¡Sólo porque se habían pegado dos hojas no es razón para detestar el libro entero! —se enardeció. Puso el pato sobre la mesa y exhaló un bufido de despecho, mientras se ponía en pie—. Este pato no funciona bien.

Polly dejó el plato y la cucharilla y se incorporó a su vez. Cogió el juguete y lo inspeccionó. Tenía cuerda pero no andaba ni graznaba. Lo colocó sobre la mesa, sin mejor resultado. Los dos jóvenes se miraron sin resolver el enigma. Polly regresó junto al niño y siguió dándole de comer.

—¿No habrá usted apretado demasiado la cuerda?

—No, lo he hecho en forma normal.

—Esto está hecho para las manos de un niño—se ensañó Polly.

—¡Vaya una tontería! ¿Cree que un niño así —y señalaba al presunto hijo—, puede darle cuerda a eso? El mecanismo es malo —dijo, desmontándolo, con el resultado de que la cabeza del juguete rodó por el suelo y no supo colocarla adecuadamente—, nada más. ¿Dónde lo ha comprado!

—En la casa John B. Merlin e Hijo—vertió lentamente Polly en sus oídos.

Por un momento se quedó boquiabierto; luego, su cólera subió de grado.

—Bien, no importa, sigue siendo malo. Vaya a cambiarlo mañana—aconsejó, para borrar el asunto de una vez de su imaginación.

—¡Ja, ja!—exclamó Polly con un sonsonete desagradable.

—¿A qué viene ese "Ja, ja"?

—¡Pues, nada! ¡Ja, ja!—repitió la muchacha.

Una terrible sospecha cruzó por la mente de Merlin. Uno de sus empleados se burlaba de la misma casa en donde trabajaba. Era descorazonador.

—¿Qué hay de malo en la sección de cambios?—desafió.

—¡Que no cambian nada!

—¡Cómo! Cambiaron género por valor de cincuenta mil dólares el año pasado, nada más. Pida usted que se lo cambien.

Polly comprendió su interrupción

da tarea de alimentar al niño, que suponía que aquellos dos gigantes le estaban tomando el pelo, o que era un castigo que le imponía el destino el tener que meditar grandes venganzas nocturnas para satisfacer su hambre y la incompreensión de los mayores.

—No importa —replicó, fingiendo resignación—. Compraré otro nuevo.

—Entonces yo me encargaré de cambiarlo—dijo David, metiéndose el juguete en el bolsillo y abriendo la puerta.

—¡Claro! Probablemente podrá conseguir usted cambiarlo por un gran piano o algo así.

—Bien —concluyó David, completamente derrotado—, tengo reunión en la Cámara de Comercio hoy... así es que me iré. Le dejaré a usted esto —dijo por el libro y añadió golpeándose el bolsillo—. Me llevaré el pato.

Polly le saludó sin más ceremonias y David partió. De repente la muchacha cogió la bufanda doblada y dispuesta para ser devuelta a su dueño y salió corriendo a la escalera. Le siseó y la bufanda cruzó por los aires. Su voz tenía un tono dulce, tan dulce que sobresaltó a David, al decir:

—Gracias por todo.

—Buenas noches—saludó David alegremente. No había perdido el tiempo, lo que era consolador. Una sonrisa bien vale la pena de...

Un cambio y varios más...

Al día siguiente, un caballero, que debía tener mucho frío y sufrir alguna dolencia óptica, puesto que iba con el sombrero calado, gafas negras, bufanda y el gabán con las solapas subidas, penetró en la sección de juguetes y sin ningún titubeo la cruzó hasta detenerse ante el mostrador en que Polly y Mary hacían bailar a los patos. Polly le miró sin concederle mucha importancia y dijo tranquilamente:

—Hola, señor Merlin. Es difícil reconocerle a usted —aseguró para consolarle—. ¿A qué viene ese disfraz?

—Voy a demostrarle que conseguiré que me cambien este pato sin conocerme. ¿Me hace el favor de venir a la sección de cambios conmigo?

—Con mucho gusto —se volvió a su compañera y dijo, por el cliente al que estaba despachando—. Mary, ¿quieres atenderle? Este caballero desea cambiar algo.

—¡Ja, ja! —exclamó Mary, que, por las apariencias, participaba en el escepticismo de Polly. David sintió que su decisión aumentaba.

Cruzaron varios pasillos y se acercaron a una serie de taquillas. David se arregló el cuello del abrigo, es decir, se lo subió más, cuando lle-

garon a una de ellas. Indicó a Polly que se echara a un lado, de modo que el empleado de cambios no le viera y dijo.

—Va usted a ver cómo me cambian este pato antes de un minuto y con mucha amabilidad.

—Ya veremos—dijo Polly apoyándose contra la pared. David se adelantó a varias personas que hacían cola y expuso al empleado el asunto que le llevaba allí. Polly era demasiado femenina para suponer cuál era la verdadera causa de que se expusiera a una desilusión. Pero el empleado le dijo que esperara a que hubiese despachado al resto de los clientes.

—58, 59, 60... —cantó Polly—. Un minuto.

—He debido ponerme a la cola, ¿no es eso?

Tenía razón, en parte. Cuando le llegó el turno, volvió a repetir su deseo y el empleado se acodó en el mostrador, sacando inquisitorialmente la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Pues, yo lo tenía y... bueno, ¿qué importa eso?—gritó David, mientras una burlona risita de Polly llegaba a sus oídos.

—Yo debo saber sobre quién recae la responsabilidad.

—Bien —exclamó David, empezando a vislumbrar que Polly tenía razón—. Haga responsable al pato y debe otro nuevo.

—Muy bien, señor. ¿Puedo ver el talón de venta?

—Tiene usted el talón de venta?

—Indagó David, encarándose con Polly, muy divertida al parecer.

—Lo he tirado.

—Debía usted guardarlo—le reprochó David. No obstante, se encaró con el empleado y le repitió las mismas palabras de la joven, recibiendo una amonestación idéntica a la suya.

—En el talón se indica claramente que debe guardarse durante treinta días—respondió con austeridad el empleado.

—No creerá usted que voy a guardar los talones de todas las cosas que compro —le apuntó, con un murmullo Polly. David calcó exactamente sus palabras y lo mismo hizo con las siguientes—. Tendría la casa llena de ellos. ¡Qué tontería!

—Lo siento, señor —aseguró el empleado abriendo las manos y concluyendo de esta manera la escena—. Yo no hago el reglamento de esta casa. De eso se encarga la Gerencia.

—Bueno, a mí me tiene sin cuidado la Gerencia... ¡Yo quiero otro pato!—gritó, haciendo detener a varias personas.

—No lo conseguirá usted levantando la voz.

—Eso lo cree usted—apuntó Polly, con el designio de que sus palabras acabaran de prender fuego a la hoguera que ardía en el interior del humillado David.

El joven no necesitaba acicate para conseguir un pato arrojando todas las leyes. Polly le había vencido por tercera vez; su papel había sido desairado en todas ocasiones. Había trazado la conducta de una persona y ahora ésta se daba cuenta de que el que necesitaba andadores era él.

—He de cambiarlo por otro nuevo y lo va usted a cambiar sin chistar.

Avanzó como un ciclón, seguido desde lejos por Polly, hacia el mostrador en que despachaba la joven y repleto de tentadores y graznantes patos de todos tamaños, salvo de aquel cuyo modelo estrujaba su mano.

—¿Desea usted algo, señor?—preguntó Mary, pero ya no pudo hacer otra cosa que protestar.

David, presa de un auténtico delirio, de una abrasadora sed de pato, si es permitida la expresión, buscó impacientemente entre los juguetes, lanzándolos en todas direcciones, aplastando unos, quebrando otros, haciendo una carnicería entre los muñecos. Polly se moría de risa. Mary pedía auxilio voz en grito. La gente se arremolinaba. Los empleados acudían y Fred llegó a tiempo de ver cómo David se metía un

patito en el bolsillo, dejando el suelo sembrado de juguetes.

Fred vió llegado el momento de demostrar a la Gerencia que no habían cometido una equivocación al escogerle. Algo así había estado esperando durante años. Lleno de un heroico ardor de un salto cayó sobre David atenazándole entre sus brazos, pegándole un puñetazo y volviendo a hacer presa en él, mientras gritaba:

—¡Ratero! Joe, ¡ratero, ratero! —el detective le ayudó a dominar a David y a quitarle el sombrero. Todos los empleados se quedaron yertos de espanto y dieron un paso hacia atrás.

—¡Señor Merlin! —exclamó el jefe de la sección, mientras todos se excusaban y el detective alejaba a los curiosos.

—¡Déjenme solo! —gritó David, fulminando con los ojos a su alrededor.

—Caramba, señor Merlin... —tartamudeó Fred—. Yo no sabía que era usted. Creí que era un cliente.

David había estado a punto de perdonarle, a pesar de que sentía hacia él una antipatía muy semejante a los celos. Tropezaba con Fred en todas las partes y el recuerdo de tres noches anteriores se sumaba a la vergüenza presente. La última frase de Fred le dió para poner en práctica toda su rabia.

—¡Un cliente! —dijo golpean-

do con el talón el suelo—. Ha tenido usted suerte de que fuese yo. Un cliente llevaría el asunto más lejos. ¿Desde cuándo ocupa usted este puesto?

—Pues verá usted... —empezó Fred haciéndole una señal de complicidad que David no entendió—, desde ayer.

—Y, ¿qué puesto tenía antes?

—Era dependiente.

—Entonces he de revelarle un secreto —gritó David, continuando sin entender sus muecas—. Sigue siendo un dependiente—y se marchó rodeado de excusas y de protestas, mientras el jefe de sección remataba a Fred.

Este, caído de su pedestal, tardó algo en comprender el alcance de la acción de David. El había procedido con lealtad y no había dicho esta boca es mía de algo que interesaría mucho a la Prensa o al señor Merlin padre. Se sentó en unos escalones y se cogió la cabeza entre las manos. ¡Ya sabrían quién era Fred! Mary se le aproximó con una sonrisa burlona.

—¡Eh! Vamos, vamos! ¡Qué es eso! ¿Por qué te sientas aquí? ¿Cómo pretendes llegar a ninguna parte?

—¡Oh, cállate! ¡No pueden hacerme cosa semejante! Yo sé dónde está enterrado el cadáver.

—Si lo sabes, ¿por qué no te haces con él?

—¡Ya verás!

El encanto de la víspera de Año nuevo

Llegó Noche Vieja. Todos los incidentes anteriormente descritos habían casi desaparecido de la memoria de David, con lo que quizás la vida de Polly hubiera seguido el curso normal, aunque impuesto por las circunstancias y la voluntad de Merlín hijo, a no ser que a éste le aconteció algo que tuvo la virtud de hacer seguir rodando la bola de su existencia por un camino más luminoso.

David estaba terminando de dar los últimos toques a su vestido de noche, ayudado por su correcto criado, cuando, presa de una súbita aprensión, marcó un número en el teléfono y esperó pacientemente a tener respuesta. De la calle empezaban a llegar los rumores de las gentes gozosas que se dirigían a sus diversiones y David tuvo que confesarse que sentía una gran impaciencia por aumentar su número. Los últimos días del año había trabajado intensamente y bien merecía unas horas de asueto.

—¡Hola, Louise! ¿A qué hora quieres que vaya a buscarte?

Louise contrajo sus labios con contrariedad y se retrepó más aún en el diván en que estaba echada. El gesto procedía de que sus relaciones con el joven estaban tirantes

a causa de su falta de memoria, pero estaba dispuesta a darles una lección a una hora en que las lecciones resultaban fatales:

—Pero, David, ¿tienes la impresión de que estábamos citados para esta noche?—protestó suavemente.

—¿Impresión? —se alarmó David—. ¿Estás bromeando, Louise?

—No, David. Lo último que me dijiste hace diez días, es que vendrías.

—Bueno, es que me hago un lío —se excusó.

—Lo siento mucho, David, pero esta noche me parece que tendrás que ir solo.

—No te preocupes por mí. ¡Ya encontraré alguien!

—Es la víspera de Año Nuevo, David —le advirtió malignamente—. Son más de las ocho. A esa hora no podrás citarte con nadie... nadie que sea presentable—terminó con orgullo.

—Ya me arreglaré—la tranquilizó, como si la que hubiera de sufrir la soledad fuera ella. Después de cambiar unas palabras de despedida y la vaga promesa de encontrarse más tarde, ambos colgaron el aparato.

El criado miró a David y David miró al criado. No era fácil que

lograra realizar lo que había afirmado por fanfarronada. Todas sus amigas estaban comprometidas. Y pasar una noche como aquella sin pareja era una necedad. Prefería permanecer en su casa.

—Bien, ¿a quién puedo llamar? —pensó en voz alta, más que preguntó.

—Es la víspera de Año Nuevo, señor, y son más de las ocho. Difícilmente encontrará ninguna señorita, avisándola con tan poco tiempo.

Pero Phillip se equivocaba. La radio, al mencionar una determinada calle, sugirió a David un plan. ¡Vaya si tendría pareja y vaya si se divertiría! Tendría una compañera que con dificultad podría ser superada su belleza. David sonrió y, naturalmente, sonrió Phillip, que le había visto nacer.

Polly estaba resignada a pasar la noche escuchando la radio. Desde su impuesta maternidad, se había visto obligada a perder la relación con sus escasas amistades, puesto que el niño ocupaba hasta la saciedad sus escasos momentos libres. Estaba resignada a ello, lo cual no significaba que sus deseos de bailar y reír fueran menos persistentes. La radio describía la muchedumbre apiñada en Times Square, esperando la hora del final del año. Sus murmullos, gritos y cantos, llegaban opacos pero enardecedores...

Una mano, cuyo poseedor debía estar muy alegre por la presura y

agilidad con que llamó, repiqueteó en la puerta. Polly se extrañó. El día final de año, para una persona solitaria, cualquier recién llegado es recibido.

—¿Quién es?

—Un hombre de la casa John B. Merlin e Hijo—respondió una voz gruesa y avinada.

—Un momento—suplicó Polly, enderezándose de un salto y dirigiéndose a cerrar la radio. El corazón le palpitaba con fuerza, sin razón aparente. No había motivo para ello, sino que el recuerdo de David y su alejamiento de ella le había roído sordamente el pecho.

Abrió la puerta y retrocedió casi asustada. David estaba sonriéndola, abrigado con un abrigo negro y llevando en una mano el pato en litigio y en la otra un sombrero de copa. Sea lo que fuere lo que imaginó Polly nunca se hubiera atrevido a relacionarlo, tan personalmente, con David.

—Su pato, señora. He conseguido que lo cambien sin dificultad alguna.

—No esperaba verle a usted esta noche—murmuró Polly.

—Tampoco yo pensaba venir aquí, pero estaba tomando mi ducha y se me ocurrió que tal vez pasaría esta noche aburrida... —refirió con dificultad creciente—. ¡Vamos, arréglese! Nos divertiremos de lo lindo.

Polly averiguó instantáneamente

el motivo de su llegada, mejor dicho, la causa que originaba aquel motivo. No tenía pareja y se había acordado de ella. Pero no podía ni quería ofenderse. En resumidas cuentas, David le había hecho tantos favores que lamentaba no poder complacerle. Antes, sin embargo, quiso ver hasta dónde llegaba su lealtad.

—Plantado, ¿eh? —dijo, mirándole a los ojos, que hurtó David—. Le han dejado plantado.

—No, yo... —pero se corrigió en seguida—. Sí... Prometí que la llamaría y se me olvidó...

Le pidió perdón con la mirada, pues asaz conocía la opinión de las mujeres sobre "ser plato de segunda mesa". Admiróse al advertir que Polly le sonreía cordialmente. Su franqueza la había cautivado, derrocando todos los obstáculos que se interponían para impedir la comprensión de dos personas que habían nacido sólo para aquello.

—Bien, me encantaría mucho salir con usted, pero no puedo dejar solo al niño.

—¡Oh, el niño! —se contrarió David, que no había pensado en él—. ¡No ha de dedicar su vida entera al niño!

—¡Usted me dijo que debía hacerlo! —le amonestó.

—Sí, pero hoy es víspera de Año Nuevo. Busque a alguien. Diga a la dueña de la casa que cuide de él.

Polly reflexionó rápidamente. Sí,

tenía la posibilidad de que la señora Weiss aceptara a su petición, aquel era un expediente. Pero...

—Sí, pero hay otra cosa...

—¿Qué?

—Pues que usted va... —señaló su frac y su chistera—. Y yo voy... con lo que tengo... Resultaríamos una pareja pintoresca.

—Ya me cuidaré del traje —dijo David respirando aliviado. Eclipsaría a Louise con la belleza radiante de Polly—. Vaya, entiéndase con la dueña de la casa. ¡Deprisa, vamos!

—Yo no debería... —protestó Polly, creyendo soñar.

—Vaya... ¡Vaya! ¡Dese prisa! —ordenó con energía avasalladora el joven. Y Polly, desaparecidos sus escrúpulos, voló escaleras abajo.

No le fue difícil conseguir las cosas que necesitaba para Polly. Le bastó con telefonar al almacén y ordenar a los guardianes que le llevaran al instante, zapatos, medias, pañuelos, guantes, bolso, un abrigo de visón, un traje de noche, lo mejor y más exquisito de su tienda.

Por consiguiente, no era de extrañar, es más, a David se le antojaba natural, que al entrar en el restaurante en donde cenaban sus amigos, todos sus conocidos y la mayoría de los ocupantes del establecimiento volvieran la cabeza, siguiendo con la mirada a Polly. No había para menos. Su hermosura, realzada, con las costosas prendas



Cuando un joven, el día de Año Viejo, se presenta en casa de una muchacha, elegantemente vestida y con un pretexto colocado sobre su sombrero, el diagnóstico es claro...



Las dos muchachas se desafiaron con la mirada. Una de las dos iba a quedar vencida dentro de un momento. ¿Cuál sería? ¿La aristócrata o la linda empleada?



— Jamás le podré pagar lo que ha hecho por mí —, dijo el anciano. Su hijo lanzó una exclamación, que tuvo que contener ante la mirada paterna.



Estos son los tres héroes del drama presente, en el que una muchacha lucha entre el amor y un bebé, aparecido inesperadamente en su vida para transformarla por completo.

que la vestían era radiante. David casi se pavoneaba; Polly era una mujer desconocida, una especie de ensueño con la forma de mujer.

—No me deje usted —le suplicó Polly al cruzar entre las mesas en dirección de la indicada por el camarero como punto de reunión para sus amigos—. No sabré hablar con esa gente.

—Pues diga "no" a los caballeros. Las muchachas probablemente no la dirigirán la palabra.

—No, hablo en serio... yo...

—Vamos... —la animó David, emocionado por su turbación y contento de su sentido común.

—Sí, pero es que yo no soy de su clase. No sabré qué decir.

—Ya me cuidaré de ello, lo hago muy bien —la tranquilizó ya cercana a la mesa y deteniéndose—. Esos muchachos son medio hombres y medio bobos. Usted ya debe entenderme.

—Sí, ya le entiendo —sonrióle Polly ya más serena—. Aquel tan alto es raro.

—Es el peor de todos. Es un hobo entero.

El "bobo entero" se había percatado de la presencia de David y de su maravillosa compañera, a la que se aproximó como atraído por un imán. Llevaba un gorrito de papel que hacía la descripción de David más exacta. Saludó a su amigo, sin poder alejar sus ojos de Polly, que tenía escalofríos.

—Ella no se llama David —protestó éste, viendo que no soltaba la mano de Polly—. Soy yo.

Pero el muchacho soltó de mala gana la mano de Polly y los escoltó hacia la mesa, cuyos ocupantes habían presenciado el encuentro. El efecto que produjo entre los hombres fué fulminante.

—¿Quién es esa?

—No lo sé —le respondió su pareja, poniéndose en pie. Roger a veces era perfectamente insoportable.

—Bueno, a ver si nos presentas —animó un muchacho a David, poniéndose en pie y siendo imitado por todos.

David se felicitaba y felicitaba a Polly. La joven y él eran la sensación de la fiesta, y por eso sentimiento natural en el hombre cuando va acompañado de una mujer bella, estaba orgulloso en extremo.

—Todo se hará... Descansad —les tranquilizó, inclinándose ante las jóvenes—. Siento que hayamos llegado tarde. Escuchad. No ganaremos nada con que os presente a esta señorita. Es hija de un fabricante sueco.

La admiración aumentó más aún al quitarse el abrigo Polly y al sentarse ante la mesa. Las mujeres, sobresaliendo Louise que tenía un cuello bastante robusto, miraron con celos los blancos y bien formados hombros de Polly. David carraspeó para disipar el silencio.

—Acaba de llegar... —dijo,

siendo pagado con una mirada de cariño— y no habla una palabra de inglés. "Fjord salna... lance troud, ¿eh?"

—"Holsinghord"—le respondió Polly, echándose a reír.

—Oye, ¿dónde has aprendido a hablar tú en sueco?—le envidió uno de los comensales.

—Pasé dos semanas de vacaciones en Suecia el año pasado. Es un idioma muy sencillo—Polly estaba admirada de su ingenio y del cinismo con que mentía—. "Brunnell, vanil... boodledug... kano".

—Sven—replicó Polly con una dulce sonrisa, empleando la única auténtica palabra sueca que conocía, haciendo estallar en carcajadas a David.

—¡Qué gracioso! ¡Es muy ingeniosa!

—¿Qué ha dicho, David?—preguntó suspicaz Louise, que, aunque convencida de que era sueca Polly, no por ello dejaba de temer que se burlara de ellos en aquel idioma incomprensible.

—No resulta bien decirlo en inglés. Ha sido por la forma en que lo ha dicho.

Hasta este punto duró la diversión de David. Después, experimentó una emoción que, por desconocida, nunca pudo saber que se trataba de celos. El había encontrado a Polly, él la había llevado hasta allí y él tenía derecho a disfrutar de su simpatía y de su graciosa intelligen-

cia. No en balde la conocía desde hacía, por lo menos, dos semanas y había fraguado aquel complot, para tomar el pelo a sus amigos. Pero las armas que empleaba se volvieron contra él y la muy pícara de Polly no hizo más que dar ocasiones para contrariarle.

Roger se levantó de su silla y dio la vuelta a la mesa hasta situarse entre el asiento de Polly y el de David. Este vio lo que se avecinaba y tuvo que ocultar su despecho con una sonrisa forzada.

—¿Cómo se dice "bailar" en sueco, David?

—Rovel.

—¿Rovel, señora?

—Smorgas—aceptó encantada Polly.

David se quedó haciendo frente a las incesantes preguntas de todos y lanzando frecuentes y ansiosas miradas a la feliz pareja, que se reían y parecían dispuesto a terminar de bailar. Sirvieron y retiraron el primer cubierto sin que Roger y Polly lo probaran. Por último, regresaron a la mesa.

—Di "gracias" en sueco, ¿quieres, David?

—Grunksha lockja halvet.

—¡Oh, svenna nit bargstrom gustaf!—sonrió Polly, deslumbrando a Roger, que suplicó a David la traducción de la contestación.

—Dice que "no hay de qué" y que podrías tomar unas lecciones de baile.

Polly ahogó su risa. David se dispuso a bailar con ella, pero otro muchacho se le adelantó. Durante media hora, David no hizo otra cosa que despreciar manjares, soplar un matasuegras y cambiar miradas malhumoradas con Louise y dirigir sus pupilas en dirección de Polly, que le hurtaba. La burla de la muchacha llegó hasta un extremo que David estaba decidido a hacer un disparate, pero se contuvo, pues se le presentó la ocasión de tomar una pequeña venganza. Polly, estando tan solicitada, no pudo comer nada; el baile le había abierto el apetito. Cuando se sentó decidida a comer ante ella había una masa amarillenta, resaca de lo que había sido un apetitoso helado. Se tapó con una trompeta la boca y susurró a David:

—Oiga, tengo apetito.

—Bien, salgamos de aquí —le propuso David en el mismo tono—. Iré a buscarle algo para comer.

—Me gusta estar aquí.

—Entonces nos quedaremos—se resignó David.

—Pero yo tengo apetito.

—Entonces nos iremos—los ojos de David brillaban maliciosos y Polly supo el alcance de su intención. Y se alegró enormemente.

—Muy bien—aprobó. Luego se levantó de su asiento.

Todos preguntaron con interés si se marchaban y recibieron una contestación afirmativa. Tenían una ci-

ta en otro sitio. David sentía que Louise no estuviera presente para asistir a su última jugarreta. Louise había dejado de tener importancia para él. Ayudó a poner el abrigo a Polly y luego la advirtió:

—Djorna, feliz Año Nuevo.

—"Feliz... Anno... —David ayudóla en su aparente dificultad— Nuevo".

Todos la contestaron vitoreándola. David y Polly cruzaron la sala atestada en dirección del guardarropía. David se puso el abrigo y asió su sombrero de copa, en el preciso instante en que Louise los describía desde el umbral del vestíbulo. La joven se acercó a la parja.

—¿Os marcháis?

—Sí, Louise —le contestó David sin demostrar un gran pesar—. Tenemos otro compromiso. Bien, ¿te gusta esta muchacha?

Louise la midió de pies a cabeza, mientras Polly se aprestaba a soportar un insulto.

—No está mal para llenar un vacío. Personalmente, yo hubiera salido sola.

—También podía hacerlo con esos hombros—replicó rápidamente y en inglés ya Polly, cuyos ojos destellaban de ímpetu.

David fué presa de una hilaridad terrible, que truncó para siempre la relación con Louise. Esta dió una vuelta despechada y se encaminó hacia sus amigos para comunicarles el fraude de que habían sido vícti-

mas. La rixa de David creció hasta el punto de alarmar a Polly y no se calmó hasta que los tropezones con las gentes le hicieron pensar en su seguridad.

Polly vió satisfecha su hambre. Luego se dirigieron a otros bailes. Poco a poco se estrechaba la unión entre ellos. David se acusaba de estar ciego, de no haber descubierto antes a Polly. Era una compañera deliciosa. Lentamente fué vencido por su encanto. En cuanto a Polly, no titubeó tanto para ceder. ¿Cómo iba a rehusarse a ello si David representaba el ideal de sus sueños? Algo, no obstante, se interponía entre ellos: el niño.

Solamente, cuando cercanas las doce se dirigieron a Tunes Equare para ver marcar a las saetas el paso de un año a otro, dieron al olvido la criatura. Miles de personas llenaban la inmensa plaza, de todas las condiciones y todas las edades, hermanadas por la misma alegría. Los cuerpos, apretados, casi magullados, tenían un fluir y refluir semejante al de las olas o al de las espigas de trigo mecidas por el viento. Sonaron las doce y en el preciso segundo que sonaban las sirenas la gente se arremolinó para felicitarse, cantando cogidas de las manos y separando a David de Polly.

Dieron las doce y cinco sin que David hubiera encontrado a Polly, la cual, en realidad, sólo estaba escasos metros de él. Polly veía sal-

tar a David sobre los hombros de las gentes, pero sus llamadas no llegaban a sus oídos. Por fin, después de mucho luchar y recibir achuchones, volvieron a reunirse. David pasó su brazo por la cintura de la joven, para no ser apartado de ella, y unos segundos se le antojaron siglos, le pareció que estaba sólo y que aquel momento no podía tener fin, hasta que la voz de Polly, tan temblorosa como la suya al responder, le suplicó que la condujera a su casa.

El regreso fué silencioso y erizado de dificultades para trabar una conversación. Polly pensó que estaba destinada a subir defraudada aquellos escalones. Paróse ante la puerta y David se descubrió. Se miraron con intensidad.

—Bueno...—exclamaron ambos a unísono.

—He pasado una velada muy agradable—aseguró Polly, tendiéndole la mano, que David retuvo entre las suyas más de lo necesario.

—Lo mismo digo. Nunca la pasé mejor.

—Gracias, señor —y exclamó—. ¡Oh, su abrigo! —se dispuso a quitárselo—. Yo creo que es mejor que se lo devuelva a usted. Me da miedo guardarlo todo el domingo.

—Nada puede ocurrirle —contestó, desagradablemente impresionado por la distancia que crecía entre los dos—. Puede usarlo y lo devuelve al almacén cuando vaya allí, ¿eh?

—Muy bien, gracias. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó David, empezando a descender los peldaños, pero no le era posible alejarse de aquella manera. Volvió a subir—. ¿Sabe lo que deberíamos hacer mañana?

—¿Qué? —preguntó anhelante Polly.

—Dar un largo paseo en coche por el campo.

—Sería maravilloso. Pero, tal vez hará demasiado frío para el niño, ¿no cree? —comentó intencionalmente.

—¡Ah, sí, el niño!

—Pero estaremos todo el día en el parque que hay aquí cerca, por si le interesa.

—Bien, lo intentaré, pero tengo muchas cosas que hacer —se excusó—. Es domingo y usted sabe...

—Sí, ya entiendo —aseguró Polly. Y era verdad. Ahora se reuniría a sus amigos y la olvidaría—. Y deseo que pase una noche muy divertida.

Entró rápidamente en la casa y subió de puntillas las escaleras. En su departamento ardía una luz débil. El niño le alargó los brazos en cuanto entró, a pesar del sigilo con que lo hizo. La señora Weiss se colocó al otro lado de la cuna.

—¡Oh, está despierto! —exclamó Polly besándole las manitas—. ¿Querías ver si volvía a casa sana y salva?

—Es el mejor niño que he visto en mi vida. No ha llorado ni una sola vez. Mi hijo lloraba todas las noches.

—Muchas gracias, señora Weiss. Perdón, pero no pensaba regresar tan tarde.

—No importa. No tenía otra cosa que hacer. Buenas noches.

—Buenas noches.

Al quedarse sola con el niño, Polly se quitó el abrigo y apareció radiante. Rememoró todos los instantes pasados, con melancolía. Era un intervalo raro en su monótona existencia. Quizás por eso no tenía que concederle mucha importancia. Ahora comprendía que su verdadera tarea era cuidar del niño, mientras se marchitaba su belleza. David jamás lo aceptaría. Y entre el niño y él, optaba por el primero. Se arrojó junto a la cuna y se inclinó sobre el bebé hasta que sus cabellos le rozaron, murmurando:

—¿Quieres saber un secreto? ¿Me prometes que no lo dirás a nadie? —el pequeñuelo se apoderó de su mano y la chupó con fruición—. Creo que le gusto. Sí, pero me parece que tú no le agradas mucho. ¡Bueno, no te enfades! No te enfades por eso, porque... Bueno, nadie puede interponerse entre tú y yo, porque tú eres mi hombre... No debes comerte mi mano, no debes comerte mi mano. ¡Buenas noches, cielitito! ¡Feliz Año Nuevo!

Abuelito John Merlin

La venganza que Fred tomó por el descenso en su carrera triunfal fué tan sencilla que resultaba infantil. Se limitó a hacer llegar a manos de John Merlin un anónimo, firmado por "Un amigo", que un pille se encargó de entregar al caballero, cuando él y su hijo se dirigían a la iglesia el día primero de año. David iba leyendo el periódico y se quedó sorprendido al notar la rápida mirada que le dirigió su padre. Luego advirtió el papel que estrujaba su mano.

—¿Qué es eso, papá? ¿Una carta de amor?

—No, nada—respondió lacónicamente el anciano. "¿No sabe que es usted abuelo?". ¿Lo iba a saber y estaría tan tranquilo? Nunca perdonaría a David por haberle hecho víctima de tal jugarreta. Claro está, que cabía dentro de la lógica la posibilidad de que el anónimo fuera mero infundio. Pero lo mejor era cerciorarse de su veracidad. Seguiría o haría seguir a su hijo a todas las partes que fuese. No era hombre que se durmiera cuando algo le interesaba.

Al salir del Oficio Divino, David se quedó parado ante la puerta del coche, sin entrar en su interior. Su padre sacó la cabeza extrañado.

—Nos veremos luego, papá. Voy a dar un paseo.

—Te vas, ¿eh?—dijo el señor Merlin, con progresiva sospecha—. Bien, yo también quiero pasear un poco. He decidido salir contigo.

—No... ¡Oh, no, papá! No lo hagas. Yo pienso andar muy deprisa. Creo que te sería muy difícil andar conmigo—protestó David, cayendo en la rampa.

—Sí, es algo difícil andar contigo—concedió intencionadamente.

—Nos veremos a la hora de comer.

El señor Merlin esperó a que su hijo hubiera traspuesto la esquina y entonces penetró de nuevo en el coche, ordenando al chófer que siguiera sus pasos. El chófer le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué dice, señor?

—Que siga a mi hijo y procure no ser visto...

—Bien, señor.

Pagar bien a los criados tiene sus ventajas: el señor Merlin pudo llegar al parque siguiendo a David, que no se percató del espionaje que sufría. Recorrió los senderos enarenados. No sabía qué acogida le iba a tributar su empleada, a pesar de que el ofrecimiento había partido de ella. Tenía que se hubiera percatado.

do de sus ideas. Por fin, en una pequeña plazoleta rodeada de bancos, estaba Polly. En aquel momento se inclinaba para beber agua de una fuente. Se apresuró y le mantuvo apretado el grifo.

—Gracias—exclamó la muchacha. En cierto modo le sorprendía que David hubiera vuelto a su lado. Se dirigió hacia el coche, mientras una pareja de esposos era suministrada de agua por él.

La mujer se reunió a Polly y trabó la fácil conversación de dos madres jóvenes. Los dos hombres, algo más retrasados, asistieron al intercambio de palabras. Y de pronto, sin saber cómo ni de qué manera, David se vió enzarzado en una paternal disputa acerca los méritos de un chiquillo que no le interesaba nada y que incluso interrumpía sus ilusiones.

El certamen de elogios y de frases y miradas despreciativas empezó por la mujercilla a la que David había dado de beber.

—¡Oh, qué lindo!—dijo acariciando la cabecita de John—. ¿Qué edad tiene?

Polly, apurada, buscó la ayuda de David, pero éste se descentendió. Convencido como estaba, de que la joven era la verdadera madre del niño, a ella le atañía contestar.

—Siete meses—contestó rápidamente.

—¿De veras?—dijo la minúscula mujer—. El mío tiene seis meses

y los dos parecen casi iguales. ¿No es cierto?

El chiquillo de la mujercilla era un dechado de fealdad. Polly estaba irritada por ver a John comparado a una criatura semejante. David estaba a la expectativa, pero no decía nada.

—No lo sé—fué su árida contestación.

—Nuestro médico dice que mi hijo es un modelo de constitución perfecta.

—He notado que si el niño—interrumpió David para demostrar sus conocimientos domésticos—tiene gases en el estómago lo mejor es poner un poco de aceite caliente en un trozo de grasa y frotarle el ombligo.

—Pero no deje usted que se queden pegadas las páginas—aconsejó Polly.

—¿No se sostiene solito todavía?

—No, todavía no—afirmó Polly.

—¿Todavía no?—repitió la mujer con acento de lástima—. El nuestro sí, y el de ellos tiene un mes más de edad. Pero yo, en el caso de usted, no me desanimaría. Hay niños que están más retrasados que otros, pero con el tiempo salen del paso.

—¿Su hijo habla?—preguntó Polly como una centella.

—¿A los seis meses? ¡Claro que no!

—Ya se sabe que no hablan a esa edad—corroboró su marido.

—Este habla—exclamó desafiadora la joven.

—Me cuesta creerlo... ¿A los siete meses?

—Hace un mes que ya sabe hablar.

—Es una cosa algo difícil de creer, pero, claro, si usted lo dice...

Polly necesitaba que alguien la apoyara. Se encará con David con los ojos centelleantes; el joven se sobresaltó al notar su aspecto.

—¿Verdad que habla? ¿No habló ayer noche?

—Claro que habla... —tartamudeó, pero con mayor seguridad mintió—: Y habla muy bien. Sabe recitar la primera línea de "Pinocho".

La afirmación de David cortó el resuello a los tres y hasta su mismo autor se quedó parpadeando. La mujer lanzó una mirada de reproche a su marido por permitir que la insultaran. Arrojó a su niño y sin despedirse siquiera, exclamó.

—Vamos, Oliver.

El silencio continuó hasta que desaparecieron por una curva del sendero, comentando el gran embuste que habían oído. Polly, entre satisfecha y contrariada, reprochó a David:

—No tenía usted que llegar a la ridiculez. Sólo le pedí que dijera que sabía hablar.

—Es usted muy diferente de aquella muchacha que ni siquiera reconocía que fuese su hijo. Ahora usted lo cree el mejor de todos.

—Una se acostumbra a ello. Es fácil acostumbrarse a lo que se tiene alrededor durante algún tiempo. Es un niño extraordinario. Verdaderamente lo es.

—¡Oh! ¡Muy extraordinario! —murmuró de mala gana David, para quien cada alabanza era una puñalada.

—Yo creo que es por herencia. —afirmó Polly. La reacción no se hizo esperar. David casi enseñó los dientes de contrariedad.

—¡Oh, sí, claro!

—Da alegría pensar que puede llegar a ser el mejor pianista del mundo.

—¡Podría llegar a ser el mejor lanzador de cafeteras del mundo!

No se escapó a Polly el motivo de aquella ávida exclamación y convino consigo misma que no estaba de más emplear un poco de maquillería para hacerle perder el dominio de sí mismo. Le reprochó un gesto su extemporánea protesta y añadió:

—Eso no era necesario. Después de todo, usted desconoce las circunstancias. Tal vez yo tenía la culpa.

David se conmovió ante tanta mansedumbre, que ni por un momento creyó fingida. Intentó reparar el daño que había causado:

—Bien, no lo discutamos. No tiene nada que ver conmigo. No es asunto mío.

Empujó unas piedrecillas con el zapato mientras Polly le miraba con

un gesto, un sí es no es, triunfal. El acelerado palpitante de su corazón fué interrumpido por la inesperada aparición de un señor, elegantemente vestido, cuyo rostro y figura le eran vagamente familiares. David, sorprendido por la sombra que se proyectaba sobre su zapato, levantó la cabeza y gritó:

—Papá... ¿qué haces aquí?

A veces, las más sencillas frases tienen más valor que una confesión general. El señor Merlin estimó la confusión de su hijo terror y contrariedad. Le había descubierto. Estaba con una joven muy linda y, por más señas corroborativas, un cochecillo de niño estaba parado entre ambos.

—Estoy dando una vueltecita —explicó en el tono más inocente de su repertorio y, luego, miró interrogativamente a Polly.

—La señorita... mi padre. La señorita Parrish.

¡Qué cinismo el de David! ¡La señorita Parrish, aquella encantadora joven que merecía llevar el nombre de los Merlin! Se hacía cruces y no podía creerlo. Las piernas se le doblaron de emoción y tuvo que sentarse en el banco, con una excusa:

—¿Cómo está usted? —preguntó la joven.

—¡Tanto gusto! —señaló el cochecillo—. ¿Y ese quién es?

—Es el hijito de la señorita Parrish —se apresuró a explicar David.

—¡Un chico! —se alegró, mientras la voz se le empañaba de lágrimas—. ¿La molestaría, si tengo cuidado... que lo tome en mis brazos un momento?

David arqueó las cejas y Polly accedió a los deseos del anciano, cuyas manos temblaban al recibir el cuerpecillo. Desapó las piernecillas y las estudió con aire de perito en la materia. Luego, contempló embobado su cara:

—Esa barbilla la he visto en otra parte —susurró—. ¿Cómo se llama?

—John —dijo Polly.

La emoción del anciano se desbordó. Las lágrimas que rodaron por sus mejillas eran gruesas como garbanzos.

—Eso sí que se lo agradezco —suspiró.

David y Polly no entendían un ápice de lo que le estaba ocurriendo. Polly, más sensitiva o más comprensiva, sintió lástima del anciano y se inclinó hacia él:

—¿Puede hacer algo por usted?

—Ya lo ha hecho —respondió secándose las lágrimas—. Creo que el niño no debería estar más por aquí. Empieza a hacer frío.

Polly dió la razón al señor Merlin y arrojó en el coche al bebé. David puso la mano en el hombro de su padre, que le fulminaba con los ojos. Retiró la mano y le preguntó:

—Papá, estás obrando de una

manera extraña. ¿Te encuentras bien?

—Ya discutiré este asunto contigo en casa. Adiós, señorita Parrish.

Le vieron desaparecer a grandes zancadas antes de que pudieran responderle. De súbito, la conciencia de lo que le acontecía atravesó como una luz el cerebro de David que echó a correr, gritando:

—¡Caramba...! ¡Papá! ¡Espera, papá!

Y Polly rió como hacía tiempo que no lo hacía, mientras empujaba el cochecito. Por fin, gracias a la ley de elasticidad, la pelota que disparara David contra ella en cierta ocasión rebotaba contra él.

Una familia ya hecha

Todo el amor o el cariño que creyera sentir hacia Polly había huido. Pensaba en ella y en aquel desconocido y horrible marido que había escrito las primeras páginas de su existencia con un derroche de cafeteras, y en el niño, inocente si se quiere, pero no menos real que una hofetada en la mejilla... No lo podía aceptar. Ahora, para acumular dificultad sobre dificultad, había aparecido la más tremenda de todas: la de la paternidad, una paternidad que no merecía ni ansiaba de aquella manera.

Pero cuando entró en el comedor estaba ya plenamente convencido de que había de ser padre si a su padre se le había metido entre ceja y ceja. No en balde conocía su testarudez. Pero no por eso iba a dejarse ven-

cer. Discutiría, apelaría a todos los medios imaginables, sin retroceder ante ninguno.

—¡Hola, papá! —dijo entrando en el comedor donde su padre le esperaba para empezar a comer. Sentóse también—. Papá, hay algo que quiero explicarte. Quiero que...

—Oye lo que tengo que decirte, hijo. Seré yo el que hable —dijo quitándole la palabra de la boca y estrellando una cucharilla contra el suelo—. Durante años he estado esperando, esperando... ¿para qué? El sueño de mi vida, ¡un nieto! ¿Y tú quieres negarme esta felicidad? ¿Por qué no me has...?

Entró Phillip y escudriñó sobre la mesa por ver si faltaba algo. Merlin calló. No le gustaba que sus disgustos trascendieran. El criado

vió que faltaba la cucharilla que arrojó contra el suelo y llenó su vacío.

—Perdone, señor—se excusó, inclinándose, antes de salir en busca de otro manjar.

Una vez solos, padre e hijo rompieron a hablar al unísono, pero el señor Merlin aulló con toda la fuerza de sus pulmones, dominando la voz más suave de su hijo:

—¿Con que ésta es la generación moderna? ¡Y éste es el siglo veinte! —arrojó la cucharilla que tenía en la mano contra el suelo—. Tu padre y tu madre se casaron como es justo y lógico y tú debes hacer lo propio.

—Papá, yo nunca he dicho... —pero la nueva entrada de Phillip cortó su protesta.

El criado recorrió la estancia atendiendo al servicio y advirtió que el anciano no comía por falta de cucharilla. Sus ojos se desorbitaron. Su memoria le decía que poco antes había puesto una cucharilla. Su señor no era cleptómano. Puso otra cucharilla a lalcance de su mano y desapareció.

—Te casarás con aquella muchacha —ordenó inmediatamente el señor Merlin—. Y vas a traer a mi nieto a esta casa...

—Debo decirte una cosa...

—No me vengas ahora con tonterías... Ya conoces mi temperamento. Recuerda lo que le hice al gobernador Meade.

—Tú no tienes ningún nieto—exclamó David, golpeando la mesa.

—Lo menos que puedes hacer es no negarlo —dijo mandando a la cucharilla en pos de las otras—. Lo he visto con mis propios ojos. Te he visto con aquella muchacha.

—¡No es hijo mío!—se obstinó David.

—¡No seas farsante! Además, tengo otros informes, una carta de un amigo. Pero aunque no lo tuviera, aunque no te hubiese visto con aquella muchacha y aunque hubiese visto al niño solo en un desierto, hubiera adivinado que era mi nieto. No puede negarse que es igual que yo.

—Pero, papá, por lo que más quieras, estás juzgando sin reflexionar.

El señor Merlin apartó violentamente la silla de la mesa, se levantó de ella, dio unos pasos por la habitación y se volvió a sentar. Este movimiento había coincidido con una nueva aparición de Phillip, el cual, al ver a su señor con un aspecto tan furibundo, inmediatamente recorrió la mesa con la mirada en busca de una falta. ¡Faltaba una maldita cucharilla! Fué al aparador, cogió una, la sospesó, comprobando si era un objeto material o bien un espejismo, y la colocó en el lugar adecuado. Luego, dejó campo libre para que prosiguiera la discusión:

—No quiero saber nada. Nadie atropellará a mi nieto. El vendrá

conmigo. ¡Lo tendré aunque tenga que ir al Tribunal Supremo!

—¿Quieres escucharme antes de que la presión de tu sangre suba hasta las nubes?

—No te preocupes de la presión de mi sangre. ¡No sabes quién soy cuando lucho!

—¡Oh! —gritó desesperado David, levantándose a su vez—. Eres el hombre más testarudo que he conocido en mi vida. Voy a probarte que no es hijo mío...

Pero su padre le sorprendió dándole una tremenda palmada en la frente.

—Ya sé lo que te pasa —exclamó con tal acento de victoria que el joven se calló—... ¡Estás loco, eso es lo que pasa, no estás en tus cabales! Has trabajado demasiado últimamente y tu cerebro está algo ofuscado. No digas que no te he advertido. Has quemado la vela por los dos lados y por el centro también. Lo que tú necesitas es... dormir más.

David le abandonó lanzando un bufido. Pero, en cuanto recobró la normalidad de su pensamiento, se dijo que tenía que recurrir a una astucia. Podía utilizar el cariño de Polly por John como medio defensivo.

Polly aun estaba riendo entre dientes de la ocurrencia del anciano. David entró en su departamento sin más contemplaciones y la joven dejó renacer su hilaridad, que disparó a

la furiosa faz del recién llegado:

—¡Oh! ¡Habría resultado gracioso! Ya sé lo que pensaría su padre. Pensaría que Johnny es hijo de usted—tuvo que detenerse, pues la risa le ahogaba.

—Eso no es cosa de risa—anunció David, logrando que creciera—. ¿Sabe usted lo que se propone hacer?

—¡No! —respondió Polly empezándole a doler los músculos de la cara. Pero no le decía lo que imaginaba.

—¡Quiere arrancar al niño de su lado! —anunció seca y dramáticamente David. Casi le asustó el silencio subsiguiente.

Polly se había transformado, de una muchacha en una mujer que estaba dispuesta a luchar por John, con los instrumentos más antiguos, pero más dignos: con el amor. ¡Y si fuera necesario, ya que tenía que renunciar a uno de los dos, haría con el niño, lejos de Nueva York, hacia el campo, hacia un lugar en el que fuera completamente desconocida y pudiera existir tranquila!

—Me gustaría verlo.

—Usted no conoce a mi padre —afirmó David. Ayudándola se ayudaba—. Nombrará abogados, investigadores ¡y todo lo que él quiera! ¡El se llevará al niño!

—¡Cómo! ¡El no puede hacer tal cosa! —la Ley la protegía desde el momento en que la Ley se había obstinado en señalarla como

la madre delorro—. Me pertenece a mí. Debe usted evitarlo.

—Muy bien; bien, aguante a ese pianista —dijo, aludiendo a su hipotético esposo—. Será una gran ayuda.

No se engañaba. El desconocido padre del niño sería una prueba de primera fuerza ante la que ningún Jurado dudaría; o cuando menos, con la exhibición de un certificado de matrimonio. Pero, Polly, ya lo sabemos, no era dueña de ninguno de los dos extremos. Por tanto, simuló una gran contrariedad y una gran torpez.

—¡Oh! Yo no puedo hacer eso.

Pues deberá usted hacerlo. Cuando vengan media docena aquí preguntando por sus posibilidades para mantener el niño...

Oiga, acompáñeme a casa de su padre. Deje que yo le hable. Conseguiré convencerle.

—Tampoco la creará a usted, ¡Está fuera de sí! ¡Incluso quiere que me case con usted! ¡Quiere colocarme una familia ya hecha para que él pueda tener un nieto. ¡Le digo que esto es grave!

Tan rápido y total fué el cambio que expresaron las facciones de Polly, al oír esta exclamación mal afortunada, que David enmudeció, mientras su cólera le abandonaba.

Polly supo entonces, y sólo entonces, el valor que para ella representaba la persona de David, pues que el mundo se había ensombre-

cido y un mortal letargo se había apoderado de su alma.

—Sí, eso sería una cosa grave, ¿verdad?

—¡Oh, no! No quise decir eso.

—No se preocupe —le tranquilizó o intentó hacerlo, dándole la seguridad de que era capaz de soportar todas las afrentas, hasta aquella que laceraba su sensible corazón de mujer.

—No he pretendido con eso...

—No tiene ninguna importancia. Pero será mejor que le diga a su padre que nos deje a Johnny y a mí solos.

Rotos todos los lazos que les unían, David notaba que su única salida era abandonar a la muchacha. Pero se resistía a hacerlo.

—Haré todo lo que pueda. Quisiera poder explicarle...

—¿Por qué no se va usted ya...?

—Bien, adiós—se resignó David.

—Adiós.

La señora Weiss y Jerome, su hijo, estudiante de abogacía, estaban absortos en sus respectivas faenas cuando entró Polly en sus habitaciones. La joven estaba tan agitada que la señora Weiss barruntó que ocurría algo desagradable, aunque no llegó a imaginar que fuera lo que estaba destinada a oír.

—Señora Weiss, ¿quiere ayudarme a hacer el equipaje? Me voy de aquí.

—¿Se va? ¿A dónde?

—¡No lo sé! ¡A cualquier par-

te. Están tratando de quitarme el niño.

—¿Quién? —preguntó la casera, cogiéndole las manos y acariciándolas para calmarla.

Jerome era aún lo suficiente joven para demostrar impulsos caballeroscos, antes de conocer la realidad de los hechos. Medio se levantó apretando los puños.

—¿Quién? ¿Aquel individuo que acaba de salir?

—Su padre.

—Acaso es él el padre del niño...

—empezó a decir la señora Weiss que, como el resto del mundo creía a Polly madre de Johnny.

—No, no, no... pero su padre cree que sí.

—¡Pero eso es ridículo! —protestó Jerome—. Yo no pretendo ser un abogado, pero conozco los derechos de usted y le aseguro que el padre de él no puede quitarle el niño.

—Ya lo sé, pero no quiero que venga gente aquí a atormentarme con preguntas.

—Polly —aconsejó la señora Weiss— ¿Por qué no le dice al padre verdadero que vaya a ver al padre de ese hombre?

Por primera vez, desde que la desgraciada aventura tuvo principio, Polly hubiera dado su brazo derecho por conocer al padre. Pero, posiblemente, era viuda o divorciada...

—No puedo. ¡Ojalá pudiese!

—Sí, eso sería una solución... —aprobó Jerome.

La señora Weiss supuso los motivos de la negativa de Polly. ¡Pobre muchacha que estaba pagando los pecados de los demás! ¡Hay hombres por el mundo que merecen ser ahorcados. Su instinto maternal, aparte de que el acto de Polly de ir en busca de su protección ya le hacía digna de ello, salió a flor de piel. Los débiles pueden hacer la fuerza con su unión. Ella se pegaría a Polly como rama de su mismo tronco.

Jerome, se le presenta la oportunidad de hacer una buena obra.

—¡Madre! —protestó, pero débilmente. La señora Weiss ocultaba una gran energía bajo su aspecto de mujer dulce y sencilla.

Fred estaba tumbado en la cama de su departamento consumiendo numerosos cigarrillos. Ciertamente, era un cobarde, y como todos los cobardes se arrepentía de una acción que seguramente tendría consecuencias desagradables. La cesantía se dibujaba en el horizonte del futuro como justo castigo a su imprudencia de entrometerse en asuntos ajenos.

Por consiguiente, se sobresaltó y apagó su cigarrillo, aplastándolo contra el cenicero cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo, saltando de la cama.

Y el peligro estaba allí, represen-

tado por David. Era inútil querer disimular. El recién llegado llevaba en la mano un bastón de dureza y pulimento ominoso y, por si esto fuera poco, su jefe le habló con una convicción que hacía suponer que había descubierto la mano oculta que le había estado agitando como una marioneta. No obstante, David no estaba dispuesto a llevar las cosas a su último extremo.

—Me ha costado trabajo encontrarle.

Había que portarse serenamente. Fred era el padre de John, no cabía duda. No había otro motivo para que una muchacha como Polly fuera con un individuo semejante a todas partes. Y las manos que se tendieron hacia él fueron una prueba inequívoca:

—¡Oh, señor Merlin, mi intención no fue molestar a nadie...!

Su empleado podía lanzar cafete-

ras contra mujeres indefensas, pero era un ser abyecto que temblaba y se retorció bajo sus ojos acusadores.

—¿Sabe usted quién es el padre del niño?

—¿Qué?—exclamó Fred asombrado. David no tenía necesidad de mentir.

—El hijo de Polly —repitió David haciendo acopio de paciencia. ¡Confesaría o...!— ¿Quién es el padre?

—La verdad es que no sé nada, señor Merlin. Nada en absoluto.

—No sabe nada ¿eh? —los ojos de Fred huían su mirada. Le atacaría por otro punto—. ¿Le gustaría ser ayudante de encargado de sección otra vez?

—¡Mucho!—afirmó Fred.

¡Aquello era hablar en plata!

—¡Ya verán esos! —rezongó David.

Tres padres, que no lo son

El explosivo y emprendedor señor John B. Merlin, al que ya, como decía David, se le había subido la presión de la sangre a las nubes, había puesto en marcha los instrumentos necesarios para la posesión de su amado, y negado, nieto. No era hombre de dilaciones, sino de dicho y hecho. Había que proceder rápidamente, pues suponía que en aquel

momento, mientras esperaba que localizasen a su abogado, su hijo estaba trabajando por su lado para impedir que se apoderara del bebé. Trazaba planes y los desechaba, tabaleando, en el interín, sobre la pulida mesa de su despacho. Sus dedos corrían parejas con la velocidad e ímpetu de sus ideas.

Cogió un espejo y contempló su

rostro, bastante bien conservado para la edad que tenía. Pero no había sido la coquetería de estudiar sus arrugas lo que le había inducido a aquella acción, no: estaba estableciendo comparaciones mentales entre el recuerdo que conservaba de la carita del niño descubierto en el parque y sus facciones. No hay que decir que quedó muy satisfecho: la identidad era patente y sólo un loco certaría los ojos ante ella. El corazón le palpitó alegremente.

—El señor Voharton al teléfono, señor—anunció Phillip sacándole de su abstracción.

—Bien, bien—aplaudió, asiendo el aparato que reposaba sobre la mesa y poniendo la comunicación con el gabinete de trabajo. Pero Phillip permanecía en la puerta.

—Y hay dos personas que desean hablarle, señor. El señor y la señora Weiss.

—Weiss... ¿Weiss? No conozco a esos Weiss. Dígales que escriban una carta —pero Phillip no se movió del sitio. El conocía a la señora Weiss. Su señor habló por el aparato—: Hola, Voharton. ¿Dónde está usted? ¡En Lake Placid! ¿Y qué hace ahí? ¡Esquiar! Yo no le pago cincuenta mil al año para que vaya a esquiar. Venga enseguida a Nueva York o de lo contrario nombro a otro abogado y se queda usted cesante! —amenazó cortando la comunicación—. ¡Esquiar en estas circunstancias!

Claro, no todo el mundo puede ser abuelo. Phillip carrapeó discretamente. El señor Merlin arqueó y frunció sucesivamente sus cejas.

Dicen que se trata de un niño, señor.

El anciano distinguió por la puerta abierta a Polly y a Jerome que permanecían en el vestíbulo.

—¡Un niño! Bien, ¡que pasen, que pasen!

—Muy bien, señor —poco más tarde regresaba conduciendo a la pareja—. Por aquí, señores.

Polly fue reconocida inmediatamente por el señor Merlin, pero Jerome, abrigado por un largo gabán oscuro, y no muy seguro de sí mismo, le era perfectamente desconocido. Desde la mesa de despacho, indicó a varios sillones y una mesita situados junto a la librería.

—¿Quiénten sentarse?

Por lo visto no querían. Polly se contentó con decir:

—Gracias.

—¿El señor y la señora Weiss? —dijo, mirándolos alternativamente—. Creí que usted era la señorita Parrish.

Jerome tragó saliva y cambió la posición de sus pies. Polly no sufrió su espanto; así es que respondió decidida:

—Ese es el nombre que uso en el almácén. Estamos casados desde hace dos años.

Pasó su brazo por el de Jerome y lo apretó para darle una muestra

de amor conyugal. El muchacho salió de su postración y halló fuerzas para decir muy bajo:

—Sí, dos años.

El señor Merlin no contestó nada. Todavía estaba por dilucidar cuál era la causa de la presencia de la señorita Parrish en su casa, aunque la empezaba a atishar. Sin embargo, las palabras subsiguientes de la joven la hicieron caer sentado en una silla:

—Su hijo nos ha visitado. Parece que hay un mal entendido referente a nuestro hijo.

—¿Su hijo?—murmuró el señor Merlin, ya a punto de echarse a llorar.

—Así es que no es necesario mandar a nadie para que investigue—siguió diciendo Polly, como si fuera natural que el anciano se pasara las manos por la cara con ademán compungido. Sentía lástima de él—. Sería perder el tiempo.

Pero la lástima sentida por Polly desapareció, porque, asimismo, se estumó el gesto de fracaso del señor Merlin. ¿Qué había ocurrido? Muy sencillo. David y Fred penetraron como una tromba en el despacho, cuya puerta había quedado abierta, y sin fijarse en Polly y en Jerome, algo soslayados de la entrada y que permanecieron a sus espaldas, tras de su rápido movimiento, se detuvieron frente al anciano.

Que David estaba contento era innegable. Que Fred le secundaba

encantado, también lo era. Mientras David hablaba, seguía sus frases con grandes movimientos afirmativos de cabeza y haciendo grotescos ademanes de tragedia.

—Tal vez esto te convencerá—exclamó David, empujando a su cómplice—. Aquí tienes al padre del niño.

El señor Merlin engalló la cabeza y empezó a ver claro en el asunto. Una tremenda alegría sucedía a su desesperación y desengaño anterior.

—¡Vamos, hable!—ordenó David a Fred. Su padre estaba en buena disposición de ánimo, ya que demostraba una gran curiosidad. ¡Gracias a Dios, aquel maldito asunto terminaría de una vez!

Fred se llegó hasta el borde de la mesa y abrió los brazos como si quisiera abarcar el universo entero con ellos.

—Señor Merlin, su hijo ha venido a nuestro piso y dijo que usted sufría un error con referencia a mi hijo. Bien, ¡mi hijo es mi hijo, y de nadie más! ¡Nunca oí cosa semejante!

Ni tampoco el señor Merlin. Nueva York sufría una fobia repentina de paternidad. Donde antes no existía un padre, ahora aparecían dos, a cual más acérrimo defensor de sus derechos, y posiblemente, habría otro, el verdadero, que empleaba un comodín para ocultarse. Polly y David habían obrado por cuenta

propia y merced a ello habían quedado al descubierto. ¡Hay minutos que merecen siglos de vida! El señor Merlin frotó sus manos satisfecho.

—Entendido. ¿Sabe usted quién es ese?—preguntó indicando a Jerome, que sintió que su estatura disminuía con una rapidez alarmante.

—¿Quién?—preguntó David, girando sobre sus talones, remedando su gesto por Fred, y quedó enfrentado con Polly y el abogado.

—Es el padre que ella ha traído—gritó triunfalmente el anciano—. Los dos habéis metido la pata—y dirigiéndose a Jerome y a Fred, añadió: Sobre uno de vosotros. Ni por un momento me habéis engañado.

Lo cual no era verdad, pero satisfacía asegurarlo. David saltó como un poseído en dirección a Jerome, que se escudó tras el cuerpo de Polly. La joven extendió su brazo para contenerle, pero David, habiendo dado al olvido su ruin conducta, solamente tenía sentidos para vengarse del hombre que se había interpuesto para siempre entre la muchacha y él y que le había obligado a cometer varios errores casi involuntarios.

Polly le dejó hacer, al cabo de un momento. Una repugnancia tremenda ante el comportamiento de todos los hombres que la rodeaban, para los que sólo era y había sido

un juguete, la impedía intervenir y protestar.

—Con que al fin se ha presentado, ¿eh?—aulló David.

—No pude venir antes—balbuceó Jerome.

—¿Le parece bonito, verdad, dejarla abandonada de esa manera?

—¿De qué manera?—indagó Jerome, cuya inocencia en todo el asunto le tenía desconcertado.

El regodeo del señor Merlin había llegado a su punto culminante. Su hijo estaba resultando un estupendo actor; en aquel momento atacaba a otro histrión para que su intervención se retrasase o se desviase. Pero él era gato viejo.

—¿No pretenderás seguir con la comedia?—se burló.

La excitación de David había llegado al colmo. Buscó con los ojos en torno suyo y siempre agradeció a la Providencia la oportunidad que le concedió. En una mesita colocada entre Jerome y él, había un servicio de plata de café. Enarboló la cafetera, pegándola a los ojos de Jerome.

—¿Sabe usted qué es esto?—aulló.

—Una cafetera.

—Veo que lo ha reconocido—exclamó con maligna satisfacción, y la estrelló contra la frente de Jerome.

El señor Merlin se puso en pie, pero optó por permitir que los acontecimientos siguieran su curso. El

también hubiera estrellado unas cuantas cafeteras sobre las cabezas de los tres hombres. Jerome lanzó un gemido y David soltó la cafetera, que rodó sobre la alfombra, al interponerse Polly, con lo que se le figuró el ademán defensivo de una auténtica esposa.

—¡Oh! ¡David!

—¿Le ha gustado eso, pianista? —indagó David, sin prestarle atención.

Polly estaba realmente irritada con David. Jerome sacó un pañuelo y se lo oprimió contra la frente, dejando que Polly le defendiera. Polly no quiso profundizar el alcance de la agresión de David y se encará con él, erguida como una lanza.

—¿Cómo se atreve a pegarle a un pobre hombre indefenso?

—¡Oh, váyase! ¡Quédese con él! —replicó el poven contraristado, dándole la espalda y acudiendo en defensa de Fred, que se batía en retirada hacia la puerta.

Podría suspender toda la farsa —aconsejó el señor Merlin—. No lograré convencerme —se dirigió a Fred, que le parecía el más falto de carácter—. Y no he terminado aún con usted, joven... Voy a presentar demanda contra usted. No sé aún por qué, pero, ¡le denunciaré por algo!

de la casa. Yo no quería hacer eso.

Una denuncia del señor Merlin equivalía a quedarse sin empleo empaternamente. Fred se asió al borde

de la mesa y su cabeza avanzó en dirección del anciano. Los labios le temblaban espasmódicamente.

—¡Señor Merlin, yo diré la verdad y le aseguro que sé lo que digo —David se había puesto a su lado, pero no lograba enmudecerle—. ¡Su hijo me ha puesto en ese lío y él es el padre!

Jerome, que ya se veía encarcelado por suplantación y cuyo conocimiento de la Ley le hacía, por eso mismo, temerla más aún, se alejó de Polly y se incorporó al grupo de los protestantes.

—¡Un momento! —gritó, olvidándose de su dolor—. ¡Yo no soy el padre!

—¡No me importa quién es el padre! —dictaminó el señor Merlin—. ¡Yo soy el abuelo!

David no comprendió la ironía ni la clara alusión. Estaba abriendo paso en su cerebro a la idea de lo que había afirmado Jerome, que dejó de serle antipático inmediatamente; se sorprendió de haber podido golpearle con una cafetera. Se necesitaba estar ciego para no advertir que era un muchacho digno de todo el aprecio, que había acudido en defensa del hijo de Polly.

—¿Usted no es el padre?

—No. Yo soy el hijo de la dueña.

El señor Merlin estaba en la gloria. Por sus propios medios había llegado a desentrañar el misterio. Comprendía que su hijo ya no tendría valor para negar su paternidad,

puesto que sus dos auxiliares habían confesado sin coacción la falsedad de sus títulos. David no tenía posibilidades de escape, por mucho que fingiera sorpresa, por mucho que simulara inocencia. Si no había conocido a Jerome, y la cafetera lo demostraba, podía haber aspirado a que su inesperada intervención en el asunto, descubierta su falsía, le sirviera de base para sus negativas, pero, ahora... ahora ya estaba inermes, a su merced. Ahora podría meterle en el alma el santo temor a Dios, que buena falta le hacía por su crueldad. Había estado humillando, cobardemente, a una muchacha encantadora, despreciando a un ser inocente que era su vivo retrato, todo porque no era de su clase.

—¡Y también le denunciaré a usted, joven! —tronó contra Jerome.

David, en lugar de aprestarse a la defensa, ya que sus satélites iban pereciendo uno tras otro, giró sobre sus talones y miró hacia el lugar en donde dejara a Polly. Está desierto.

—Polly... Polly... —regresó a la mesa—. ¡Se ha ido!

—¡Se ha ido! —exclamó el señor Merlin abriéndose paso entre los tres padres—. Se llevará al niño.

Con una agilidad maravillosa para sus años, salió corriendo al vestíbulo. David le siguió al instante, gritándole:

—Espera un momento. Iré a buscar el coche.

Los dos Merlin abandonaron a

Fred y Jerome, los cuales, como no habían sido presentados, solamente hablaron del tiempo, antes de escapar rápidamente para buscar refugio en los lugares más inverosímiles.

Polly regresó a su casa con la velocidad del pensamiento. Había llegado el momento de escapar. La aña-gaza no había tenido éxito y se felicitaba por su prudencia: antes de partir para entrevistarse con el señor Merlin había indicado a la señora Weiss la conveniencia de que preparara el equipaje para caso de necesidad. Era inexpresable lo que Johnny representaba para ella. En su mente sólo había la idea de huir.

Subió ágilmente las escaleras y entró en su habitación, cerrando la puerta, apoyándose en ella y jadeando como si una legión de enemigos le fuera pisando los talones. La señora Weiss mecía al niño ya enteramente vestido. La sonrió. El rostro de Polly no auguraba el éxito.

—¡Ya ha venido mamá! —dijo entregándole el niño—. Querida...

—¿Está preparado?

La señora Weiss conoció a qué se refería. Le alargó una maleta.

—Sí, tome.

Llegaron a la planta baja y se besaron. Polly tenía el alma en un hilo. De un momento a otro se podía presentar David y su padre, pero, asimismo, pasado un segundo, se alejaría para siempre de la gran ciudad y daría la espalda a un pasado

lleno de gratos recuerdos, que la consolara.

—He dejado las otras cosas arriba. Ya le comunicaré dónde estoy.

—Muy bien. Pero, ¿dónde dormirá esta noche?

—No se preocupe —la tranquilizó la joven—. ¡Con tal que ellos no me encuentren!

—¡Cuide bien al niño! —le suplicó la señora Weiss.

La casera se dispuso a abrir la puerta... Tanto ella como Polly presenciaron, a través de los visillos, la llegada de David y de su padre, que descendían del coche, sin pensar siquiera en cerrar las portezuelas. Urgía obrar con rapidez.

—¡Querido! —gimió Polly, es- trujando contra sí a John.

La señora Weiss no dudó. Arrastró a Polly hacia sus habitaciones, conteniendo el aturdimiento de la muchacha que se había quedado incapaz de moverse del sitio. Cruzaron el comedor y la señora Weiss abrió una puerta.

—¡Entre en mi habitación en seguida!

—¡No, no, vaya deprimida! —dijo Polly empujándola hacia el vestíbulo.

Pero la sangre fría de la casera se le comunicó. Accedió a lo que le decía y antes de salir a recibir a los dos hombres, la anciana cerró la puerta, cuchicheando antes de hacerlo:

—Guarde silencio. Vaya a mi dormitorio.

Luego salió al vestíbulo, se arrojó el delantal y cogiendo un trapo simuló limpiar el polvo del marco de un cuadro. La escena anteriormente descrita se había realizado en menos tiempo del que se emplea en narrarla, por lo que la tarea que fingía la anciana tenía sus visos de realidad, cuando los Merlin penetraron en la casa como una tromba. David se adelantó a su padre en preguntar:

—¿Dónde está la señorita Parrish?

La expresión alerta e inteligente de la señora Weiss había desaparecido, transformándose en una más cara estúpida. Miró a los recién llegados de arriba abajo. Luego pareció meditar la contestación:

—¿La señorita Parrish? Ya no vive aquí. Se ha trasladado.

—¡Se ha trasladado! —rugió el señor Merlin a David, como si éste tuviera la culpa del hecho.

David la miraba con suspicacia. En dos ocasiones había tenido la oportunidad de tratar con la señora Weiss y no se le había antojado tan necia. Había gato encerrado. La casera supo que sospechaban de ella.

—Sí, se ha trasladado —insistió—. ¿No quiere creerme? Vaya arriba y véalo usted mismo.

—Vamos —aprobó el señor Merlin estrando de un brazo de su hijo, quien continuaba como anodado.

—Suban...—les animó la señora Weiss. Los dos hombres ascendieron como una exhalación.

La casera dejó caer el trapo y penetró en sus habitaciones. Las cruzó de puntillas y sacó su cabeza en el dormitorio. Polly aún estaba en el sitio en donde la dejara minutos antes. El color había vuelto a sus mejillas y estaba más animada.

—Todo va bien. Guarde silencio.

—Muy bien.

La voz de David se escuchaba ya. La señora Weiss se encaminó al comedor, conteniendo a duras penas una sonrisa de diversión. David estaba anonestando a su padre:

—Esa táctica irá muy bien con el gobernador Meade, pero no es la manera de tratar a una muchacha con un hijo en brazos.

Acabó su sermón al entrar en las habitaciones de la casera. El señor Merlin compartía el enfado de su vástago. La situación entre los dos era muy tirante, pues ambos tenían mucho que reprocharse personalmente y con respecto al otro. La señora Weiss adoptó una mirada inocente.

—Señora... —ordenó el señor Merlin—, quiero que me diga la verdad. Usted oculta el paradero de la muchacha.

—¿Paradero? —admiróse la casera—. ¿Qué es un paradero?

—¿Dónde la tiene escondida?—gritó el anciano.

—Yo no la he escondido. Uste-

des han ido arriba, a ver su habitación. No han visto que...

—Papá, déjame que hable yo—protestó David; tenía el convencimiento absoluto que la buena mujer estaba jurando con ellos y que los procedimientos de investigación de su padre eran demasiado rudos para obtener éxito.

—Veremos lo que consigues—refunfuñó el anciano, para quien la casera tenía la cabeza más vacía que una avellana hueca.

David no se desalentó por su escepticismo. Compuso su semblante. La mansedumbre y el halago pueden más que la crueldad y la grosería.

—Señora Weiss, le agradeceremos nos diga si tiene una idea de dónde ha ido.

Naturalmente que la tenía. Y si Polly hubiera podido leer su pensamiento no hubiera efectuado mejor los siguientes movimientos. Alarmada por la proximidad de David y del señor Merlin y, puesto que ya habían visitado su habitación, le vino a la mente regresar a su departamento. Salíó al vestíbulo de puntillas y con no menos sigilo pisó los escalones hasta llegar a su alcoba. Estaba a salvo. Respiró tranquila. Ninguno de sus dos perseguidores volvería a investigar en aquella dirección.

Pero cuando estuvo en el piso, le resbaló de las manos el pequeño pato Donald que tantos sofocos le

había costado a David y el empleo a Fred. El juguete no hizo ningún ruido, pues la alfombra amortiguó su caída. Descuidadamente cerró Polly la puerta de su departamento.

La historia del muñeco empezó entonces a adoptar proporciones gigantescas. Animado por el choque y por el amplio campo que se ofrecía para la aventura, graznó y rodó escaleras abajo, sorprendido siempre de la tremenda longitud de las casas modernas y del esfuerzo que le exigían. Pisó el vestíbulo y grazna que te grazna trotó en dirección del piso de la señora Weiss, en donde le dejaremos.

—Si apenas la conozco —decía, mientras tanto la casera—. Sólo estuvo aquí unas semanas y yo no hago nunca preguntas a nadie.

—Ella habrá dejado alguna dirección. Por favor, señora Weiss...

—Yo no sé nada de ella —aseguró la anciana.

—Usted no comprende que nosotros queremos ayudarla. ¿Lo entiende usted bien?

—Créame que le digo la verdad. Se lo juraría a usted... se lo juraría por mis hijos. ¿Qué quieren ustedes de mí?

El señor Merlin había llegado al límite de su paciencia. David no lo gratificaba nada de aquella plañidera.

—Usted tiene la muchacha aquí —exclamó, casi con brutalidad.

—Papá, ¡yo creo que te pones pesado! —su padre se mordió los

labios y David volvió a su melifluidad—. Diga, ella habló de una tía que tenía en el Oeste. ¿Sabe usted dónde vive?

—No lo sé. Yo no la tengo escondida.

David se calló, no porque estuviera cansado, pero porque algo vagamente conocido, un ruido como de madera frotada o de goma sacudida, sonaba a sus pies. Sus ojos se dirigieron a tal lugar y percibió al patito, que saltó ya de cuerda, lanzaba sus últimos y agonizantes graznidos. El cerebro de David hizo honor a su poseedor. David desapareció rápidamente, dejando asombrados a los ancianos.

—Ustedes no se llevarán a ese niño —gritó Polly escudándole con su cuerpo—. ¡Ya he aguantado bastante!

—Polly, por favor, escuche...

Hacía un segundo que había entrado en su habitación y ya sus manos rodeaban los brazos de la muchacha. Pero ésta no quería, o no podía comprender el significado de su caricia.

—¡No me importa lo que diga!

David la acercó más aún a su pecho, de manera que ambos casi se rozaban. En ciertos momentos, por dulces que sean, el hombre ha de ser enérgico y David lo fue.

—Yo no me voy a llevar a su hijito. Yo empecé pensando que sólo deseaba ayudarla y, luego, más tarde, cuando creí que se había mar-

chado, comprendí que la amaba a usted. ¿Querrá usted casarse conmigo?

Polly era una muchacha poco dada a vacilaciones:

—¿Y qué hay de la familia "ya hecha"?

David no se inmutó. Aque día tenía contestaciones para todos los reparos. La sacudió un poco y dijo, como si fuera natural:

—¡Oh! ¡Si se trata de usted y de Johnny!

El señor Merlin, dado su criterio preconcebido, no dió mucha importancia al abrazo de los dos jóvenes, que se separaron cuando se presentó. Solamente lanzó un bufido y buscó a su "nieto".

—¡Ja! ¡Ya lo sabía!

—¡Papá!... —gritó David—. He de hacerte una confesión. Yo soy el padre del niño.

—Es la primera verdad que dices hoy —aceptó el anciano, cogiendo al bebé—. Vamos, Johnny, vamos a casa.

Los cabellos de Polly rozaban su boca, pero David supuso que a pesar de sus rizos y abundancia, su voz llegaría a sus oídos, aunque fuera murmurando:

—Tengo una sorpresa para ti. Vamos a casarnos esta noche.

Polly cerró los ojos un momento. Daba gracias que el abrazo no dejara a David ocasión de ver su rostro. Las mujeres tienen un raro pudor, aún amando con toda la fuerza de su ser.

—¿Y sigues creyendo que soy la madre del niño?

—¡Claro! —respondió David inmediatamente.

—¡Ja, ja!

Obs. Francis Esq.

4/01

"UNA GRAN PELÍCULA UNA GRAN NOVELA"

Kalla , por Danielle Darrieux y John Leder	1.75 Ptas.	El pobre Hoo , por Alberto Pom y Mercedes Yañez	2.50 Ptas.
El retorno de pimpinela escarlata , por Darryl F. Zanuck y Sydney Howard	1.75	¡A mí la Legión! , por Alfredo Barral, Luis Pous y Manuel Luna	2.50
De Mayerling a Sarajevo , por John Lodge y Maurice Friedberg	1.75	Viaje sin destino , por Antonio Gual y Lucio Ruiz	2.50
Minotchka , por Irene Castle y Murray Close	2.	Primer nacional de cinematografía 1940	
Yo era una aventurera , por Edwige Fenech	2.	La condesa María , por Robert Duro y José Vega	2.50
Venganza en Oriente , por Paul Lukas, Jean Renoir y Kay Valls	2.	Boda accidentada , por Alexander Veltov y Luis Pous	2.50
La Venus ciega , por Nickolas Rimont y George Fitzmaurice	2.	Huella de luz , por Antonio Gual y Lucio Ruiz	2.50
Puerta cerrada , por Edward Lasker y Agostino Grazia	2.	Alas Búsqueda de química , por Alma Yall	2.50
10 días en París , por Max Maris y Sarah Yarn	2.	San Francisco , por Clara Gable, Jennifer McDonald y Spencer Tracy	2.50
Pánico en la Banca	2.	De México llegó el amor , por Tito Guizar y Amanda Ledesma	2.50
El astral del tango , por Page del Castil y Amanda Crileant	2.	El que está debajo de un almendro , por Sebastián Berra y Rafael Durán	2.50
Sofar no cuesta nada , por Martha y John Legrand	2.	Cuando el ladrón encuentra al ladrón , por una de las primeras películas del mundo	2.50
París 1900 , por Willy Funt y Olga Tschechowa	2.50	Esta noche no hay nada nuevo , por Yall	2.50
La coronada de hierro , por Louis Ferris, Elinor Gresham y Sam Barry	2.50	La culpa fué del tren , por Joana Doren	2.50
Rosa de sangre , por Victoria Roman	2.50	Tú y yo , por Irene Dunst y Charles Boyer	2.50
Vida robada , por Flaminio Piccoli	2.50	La mejor victoria , por Elia M. Lagani	2.50
Agárrame ese fantasma , por Bud Abbott y Lou Costello	2.50	Cabalgada de amor , por Emma Stone	2.50
Una mujer en la noche , por Vivienne Romance	2.50	Mamá a la fuerza , por Ginger Rogers y David Niven	2.50
El viejo doctor , por Enrique Mado	2.50		

EN PREPARACIÓN

El vaquero y la dama , por Melia Olivera y Gary Cooper		Quiero ser mujer , por Shirley Temple	
Un día de Navidad , por Katherine Hepburn y John Barrymore		Esta mujer es mía , por Holly Hunter y Spencer Tracy	
		El ladrón de Bagdad , por Selma	

Colección NOVELIZACIONES CINEMATOGRAFICAS SELECTAS

en folios de cartón y portadas a todo color

Educación de príncipe , por Elton Pagan y Louis Jourdan y John Barry	1.50 Ptas.	Música de ensueño , por una de las primeras películas del mundo	1.50 Ptas.
---	------------	--	------------

UNA GRAN PELÍCULA

UNA GRAN NOVELA

UNA GRAN EXPERIENCIA CINEMATOGRAFICA